



**FOMENTO
ALUMNI
MONTEALTO**



CURSO DE RETIRO ANTIGUAS ALUMNAS

ABRIL 2019

**#¿Y SI EMPEZAMOS CON
BUEN PIE?**

Semana Santa

Acompañar a Cristo en la pasión

(Texto del 1 de abril de 1987, publicado en “Caminar con Jesús al compás del año litúrgico”, Ed. Cristiandad, Madrid 2014, pp. 152-157).

Se aproximan los días de la Semana Santa, en los que la Iglesia celebra de modo solemne el adorable misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; y estas fechas son especialmente apropiadas para poner en práctica aquel consejo de nuestro Padre: «¿Quieres acompañar de cerca, muy de cerca, a Jesús?... Abre el Santo Evangelio y lee la Pasión del Señor. Pero leer sólo, no: vivir. La diferencia es grande. Leer es recordar una cosa que pasó; vivir es hallarse presente en un acontecimiento que está sucediendo ahora mismo, ser uno más en aquellas escenas»[1].

Sí, hijas e hijos míos. Hemos de procurar ser *uno más*, viviendo en intimidad de entrega y de sentimientos, los diversos pasos del Maestro durante la Pasión; acompañar con el corazón y la cabeza a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen en aquellos acontecimientos tremendos, de los que no estuvimos ausentes cuando sucedieron, porque el Señor ha sufrido y ha muerto por los pecados de cada una y de cada uno de nosotros. Pedid a la Trinidad Santísima que nos conceda la gracia de entrar más a fondo en el dolor que cada uno ha causado a Jesucristo, para adquirir el hábito de la contrición, que fue tan profundo en la vida de nuestro santo Fundador, y le llevó a heroicos grados de Amor.

Meditemos a fondo y despacio las escenas de estos días. Contemplemos a Jesús en el Huerto de los Olivos, miremos cómo busca en la oración la fuerza para enfrentarse a los terribles padecimientos, que Él sabe tan próximos. En aquellos momentos, su Humanidad Santísima necesitaba la cercanía física y espiritual de sus amigos; y los Apóstoles le dejan solo: *¡Simón!, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?*[2]. Nos lo dice también a ti y a mí, que tantas veces hemos asegurado, como Pedro, que estábamos dispuestos a seguirle hasta la muerte y que, sin embargo, a menudo le dejamos solo, nos dormimos. Hemos de dolernos por estas deserciones personales, y por las de los otros, y hemos de considerar que abandonamos al Señor, quizá a diario, cuando descuidamos el cumplimiento de nuestro deber profesional, apostólico; cuando nuestra piedad es superficial, ramplona; cuando nos justificamos porque humanamente sentimos el peso y la fatiga; cuando nos falta la divina ilusión para secundar la Voluntad de Dios, aunque se resistan el alma y el cuerpo.

En cambio —empapémonos de esta realidad, actual entonces como ahora—, los enemigos de Dios están en vela: Judas, el traidor, y la chusma no se han concedido reposo, y llegan en plena noche para entregar con un

beso al Hijo del hombre. Sigue golpeando en mi alma la impresión que me produjo, en México, la imagen de Cristo crucificado con una llaga tremenda en la mejilla —el *beso de Judas*—, imaginada por la piedad del pueblo cristiano, para simbolizar la herida que causó en su Corazón la defección de uno de los que Él había elegido personalmente.

Hijos de mi alma: ¡que no nos separemos nunca del Señor! Dejadme que insista: vamos a procurar seguirle muy de cerca, para que no se repita — en lo que dependa de nosotros— la indiferencia, el abandono, los besos traidores... En estos días, y siempre, «deja que tu corazón se expanda, que se ponga junto al Señor. Y cuando notes que se escapa —que eres cobarde, como los otros—, pide perdón por tus cobardías y las mías»[3], agarrado de la mano de tu Madre santa María, para que Ella infunda en tu alma un afán decidido y sincero, ¡operativo!, de fidelidad a ese Cristo que se entrega por nosotros.

Después del prendimiento en Getsemaní, acompañamos a Jesús a casa de Caifás y presenciamos el juicio —parodia blasfema— ante el Sanedrín. Abundan los insultos de los fariseos y levitas, las calumnias de los falsos testigos, bofetadas como aquella, cobarde, del siervo del Pontífice, y suenan de forma sobrecogedora las negaciones de Pedro: ¡qué dolor el de nuestro Jesús, y qué lecciones para cada uno nosotros! Luego, el proceso ante Pilatos: aquel hombre es cobarde; no encuentra culpa en Cristo, pero no se atreve a pechar con las consecuencias de un comportamiento honrado. Primero busca una estratagema: ¿a quién dejamos libre, a Barrabás o a Jesús?[4]; y cuando le falla este expediente, ordena que sus soldados torturen al Señor, con la flagelación y la coronación de espinas. Ante el cuerpo destrozado del Salvador, nos hará mucho bien seguir aquel consejo de nuestro Padre: «Míralo, míralo... despacio»[5]; y preguntarnos: «Tú y yo, ¿no le habremos vuelto a coronar de espinas, y a abofetear, y a escupir?»[6]. Por último, la crucifixión. «Una Cruz. Un cuerpo cosido con clavos al madero. El costado abierto... Con Jesús quedan sólo su Madre, unas mujeres y un adolescente. Los apóstoles, ¿dónde están? ¿Y los que fueron curados de sus enfermedades: los cojos, los ciegos, los leprosos?... ¿Y los que le aclamaron?... ¡Nadie responde»![7].

Me ha ayudado a hacer la oración la descripción de los sufrimientos de Nuestro Señor, que hace santo Tomás de Aquino[8], con estilo literario escueto. Explica el Doctor Angélico que Jesús padeció por parte de todo tipo de hombres, pues le ultrajaron gentiles y judíos, varones y mujeres, sacerdotes y populacho, desconocidos y amigos, como Judas que le entregó y Pedro que le negó. Padeció también en la fama, por las blasfemias que le dijeron; en la honra, al ser objeto de ludibrio por los soldados y con los insultos que le dirigieron; en las cosas exteriores, pues fue despojado de sus vestiduras y azotado y maltratado; y en el alma, por el miedo y la angustia. Sufrió el martirio en todos los miembros del cuerpo: en la cabeza, la corona de espinas; en las manos y pies, las heridas

de los clavos; en la cara, bofetadas y salivazos; en el resto del cuerpo, la flagelación. Y los sufrimientos se extendieron a todos los sentidos: en el tacto, las heridas; en el gusto, la hiel y el vinagre; en el oído, las blasfemias e insultos; en el olfato, pues le crucificaron en un lugar hediondo; en la vista, al ver llorar a su Madre... y —añado yo— nuestra poca colaboración, nuestra indiferencia.

Hijas e hijos míos, al meditar en la Pasión surge espontáneo en el alma un afán de reparar, de dar consuelo al Señor, de aliviarle sus dolores. Jesús sufre por los pecados de todos y, en estos tiempos nuestros, los hombres se empeñan, con una triste tenacidad, en ofender mucho a su Creador. ¡Decidámonos a desagaviar! ¿Verdad que todos sentís el deseo de ofrecer muchas alegrías a nuestro Amor? ¿Verdad que comprendéis que una falta nuestra —por pequeña que sea— tiene que suponer un gran dolor para Jesús? Por eso os insisto en que valoréis en mucho lo poco, en que afinéis en los detalles, en que tengáis auténtico pavor a caer en la rutina: ¡Dios nos ha concedido tanto, y Amor con amor se paga! Me dirijo a Jesús, contemplándole en el patíbulo de la Santa Cruz, y le ruego que nos alcance el don de que nuestras confesiones sacramentales sean más contritas: porque —como nos enseñaba nuestro Padre— sigue en ese Madero, desde hace veinte siglos, y es hora de que ahí nos coloquemos nosotros. Le suplico también que nos aumente el imperioso afán de llevar más almas a la Confesión.

En la Cruz, Jesús exclama: *sitio!*[9]; tengo sed; y nuestro Padre nos recuerda que «ahora tiene sed... de amor, de almas»[10]. La redención se está haciendo, y nosotros hemos recibido una vocación divina que nos *capacita* y nos *obliga* a participar en la misión corredentora de la Iglesia, según el modo específico —querido por Dios para su Obra— que nos ha transmitido nuestro Padre.

El Señor y la Iglesia esperan que seamos leales a esta misión, que nos gastemos totalmente en nuestro empeño por ser apóstoles de Jesucristo. Esperan que carguemos sobre nuestros hombros, con alegría, la Cruz de Jesús, y que la abracemos «con la fuerza del Amor, llevándola en triunfo por todos los caminos de la tierra»[11].

Las almas necesitan que realicemos una labor mucho más extensa e intensa de apostolado y proselitismo: ¡urge mucho! ¿Y las dificultades del ambiente? Sabéis que el hecho de que exista un ambiente más o menos hostil al sacrificio, a la entrega, no es motivo para disminuir nuestro afán apostólico, ¡al contrario!: *montes sicut cera fluxerunt a facie Domini*[12]; los obstáculos se derriten como cera ante el fuego de la gracia divina. Nunca olvidéis que la obra de Cristo no termina en la Cruz y en el sepulcro, que no son un fracaso; que culmina en la Resurrección y en la Ascensión al Cielo, y en el envío del Paráclito: la Pentecostés ubérrima de frutos, que también ha de repetirse, necesariamente, en la vida de los

cristianos, *pues si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él* [13]; y con Él, y por Él, y en Él llevaremos a innumerables hombres y mujeres, en los más diversos confines del mundo, el alegre anuncio de la Redención: el gozo y la paz que el Espíritu Santo derrama en los corazones fieles.

[1] San Josemaría, *Vía Crucis*, IX estación, punto 3.

[2] *Mc* 14, 37.

[3] San Josemaría, *Vía Crucis*, IX estación, punto 3.

[4] Cfr. *Mt* 17, 17.

[5] San Josemaría, *Santo Rosario*, II misterio doloroso.

[6] *Ibid.*, III misterio doloroso.

[7] San Josemaría, *Vía Crucis*, XII estación, punto 2.

[8] Cfr. Santo Tomás, *S.Th.*, III, q. 46, a. 5 c.

[9] *Jn* 19, 28.

[10] San Josemaría, *Santo Rosario*, V misterio doloroso.

[11] San Josemaría, *Vía Crucis*, IV estación.

[12] *Sal* 96, 5.

[13] *Rm* 6, 8.

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, a través de la Madre Iglesia, Dios «concede a sus hijos anhelar, con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua, para que [...] por la celebración de los misterios que nos dieron nueva vida, lleguemos a ser con plenitud hijos de Dios» (Prefacio I de Cuaresma).

De este modo podemos caminar, de Pascua en Pascua, hacia el cumplimiento de aquella salvación que ya hemos recibido gracias al misterio pascual de Cristo: «Pues hemos sido salvados en esperanza» (*Rm* 8,24).

Este misterio de salvación, que ya obra en nosotros durante la vida terrena, es un proceso dinámico que incluye también a la historia y a toda la creación. San Pablo llega a decir: «La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» (*Rm* 8,19). Desde esta perspectiva querría sugerir algunos puntos de reflexión, que acompañen nuestro camino de conversión en la próxima Cuaresma.

1. La redención de la creación

La celebración del Triduo Pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, culmen del año litúrgico, nos llama una y otra vez a vivir un itinerario de preparación, conscientes de que ser conformes a Cristo (cf. *Rm* 8,29) es un don inestimable de la misericordia de Dios.

Si el hombre vive como hijo de Dios, si vive como persona redimida, que se deja llevar por el Espíritu Santo (cf. *Rm* 8,14), y sabe reconocer y poner en práctica la ley de Dios, comenzando por la que está inscrita en su corazón y en la naturaleza, *beneficia también a la creación*, cooperando en su redención. Por esto, la creación —dice san Pablo— desea ardientemente que se manifiesten los hijos de Dios, es decir, que cuantos gozan de la gracia del misterio pascual de Jesús disfruten plenamente de sus frutos, destinados a alcanzar su maduración completa en la redención del mismo cuerpo humano.

Cuando la caridad de Cristo transfigura la vida de los santos —espíritu, alma y cuerpo—, estos alaban a Dios y, con la oración, la contemplación y el arte hacen partícipes de ello también a las criaturas, como demuestra de forma admirable el “Cántico del hermano sol” de san Francisco de Asís (cf. Enc. *Laudato si'*, 87). Sin embargo, en este mundo la armonía generada por la redención está amenazada, hoy y siempre, por la fuerza negativa del pecado y de la muerte.

2. La fuerza destructiva del pecado

Efectivamente, cuando no vivimos como hijos de Dios, a menudo tenemos comportamientos destructivos hacia el prójimo y las demás criaturas —y también hacia nosotros mismos—, al considerar, más o menos conscientemente, que podemos usarlos como nos plazca. Entonces, domina la intemperancia y eso lleva a un estilo de vida que viola los límites que nuestra condición humana y la naturaleza nos piden respetar, y se siguen los deseos incontrolados que en el libro de la Sabiduría se atribuyen a los impíos, o sea a quienes no tienen a Dios como punto de referencia de sus acciones, ni una esperanza para el futuro (cf. 2,1-11). Si no anhelamos continuamente la Pascua, si no vivimos en el horizonte de la Resurrección, está claro que la lógica del *todo y ya*, del *tener cada vez más* acaba por imponerse.

Como sabemos, la causa de todo mal es el pecado, que desde su aparición entre los hombres interrumpió la comunión con Dios, con los demás y con la creación, a la cual estamos vinculados ante todo mediante nuestro cuerpo. El hecho de que se haya roto la comunión con Dios, también ha dañado la relación armoniosa de los seres humanos con el ambiente en el que están llamados a vivir, de manera que el jardín se ha transformado en un desierto (cf. *Gn* 3,17-18). Se trata del pecado que lleva al hombre a considerarse el dios de la creación, a sentirse su dueño absoluto y a no usarla para el fin deseado por el Creador, sino para su propio interés, en detrimento de las criaturas y de los demás.

Cuando se abandona la ley de Dios, la ley del amor, acaba triunfando la ley del más fuerte sobre el más débil. El pecado que anida en el corazón del hombre (cf. *Mc* 7,20-23) —y se manifiesta como avidez, afán por un bienestar desmedido, desinterés por el bien de los demás y a menudo también por el propio— lleva a la explotación de la creación, de las personas y del medio ambiente, según la codicia insaciable que considera todo deseo como un derecho y que antes o después acabará por destruir incluso a quien vive bajo su dominio.

3. La fuerza regeneradora del arrepentimiento y del perdón

Por esto, la creación tiene la irrefrenable necesidad de que se manifiesten los hijos de Dios, aquellos que se han convertido en una “nueva creación”: «Si alguno está en Cristo, es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo» (2 *Co* 5,17). En efecto, manifestándose, también *la creación puede “celebrar la Pascua”*: abrirse a los cielos nuevos y a la tierra nueva (cf. *Ap* 21,1). Y el camino hacia la Pascua nos llama precisamente a restaurar nuestro rostro y nuestro corazón de cristianos, mediante el arrepentimiento, la conversión y el perdón, para poder vivir toda la riqueza de la gracia del misterio pascual.

Esta “impaciencia”, esta expectación de la creación encontrará cumplimiento cuando se manifiesten los hijos de Dios, es decir cuando los cristianos y todos los hombres emprendan con decisión el “trabajo” que supone la conversión. Toda la creación está llamada a salir, junto con nosotros, «de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm8,21). La Cuaresma es signo sacramental de esta conversión, es una llamada a los cristianos a encarnar más intensa y concretamente el misterio pascual en su vida personal, familiar y social, en particular, mediante el ayuno, la oración y la limosna. *Ayunar*, o sea aprender a cambiar nuestra actitud con los demás y con las criaturas: de la tentación de “devorarlo” todo, para saciar nuestra avidez, a la capacidad de sufrir por amor, que puede colmar el vacío de nuestro corazón. *Orar* para saber renunciar a la idolatría y a la autosuficiencia de nuestro yo, y declararnos necesitados del Señor y de su misericordia. *Dar limosna* para salir de la necesidad de vivir y acumularlo todo para nosotros mismos, creyendo que así nos aseguramos un futuro que no nos pertenece. Y volver a encontrar así la alegría del proyecto que Dios ha puesto en la creación y en nuestro corazón, es decir amarle, amar a nuestros hermanos y al mundo entero, y encontrar en este amor la verdadera felicidad.

Queridos hermanos y hermanas, la “Cuaresma” del Hijo de Dios fue un entrar en el *desierto* de la creación para hacer que volviese a ser aquel *jardín* de la comunión con Dios que era antes del pecado original (cf. *Mc*1,12-13; *Is* 51,3). Que nuestra Cuaresma suponga recorrer ese mismo camino, para llevar también la esperanza de Cristo a la creación, que «será liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm 8,21). No dejemos transcurrir en vano este tiempo favorable. Pidamos a Dios que nos ayude a emprender un camino de verdadera conversión. Abandonemos el egoísmo, la mirada fija en nosotros mismos, y dirijámonos a la Pascua de Jesús; hagámonos prójimos de nuestros hermanos y hermanas que pasan dificultades, compartiendo con ellos nuestros bienes espirituales y materiales. Así, acogiendo en lo concreto de nuestra vida la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, atraeremos su fuerza transformadora también sobre la creación.

Vaticano, 4 de octubre de 2018
Fiesta de san Francisco de Asís
Francisco

* **¿Sientes acaso tristeza o mal humor?** Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada, tus tristezas con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió?, ¿quién lastimó tu amor propio?, ¿quién te ha menospreciado? Acércate a mi corazón, que tiene bálsamo eficaz para todas heridas del tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás en breve por decirme que, a semejanza de mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago... recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías, que no por ser injustificadas dejan de ser desgarradoras? Échate en manos de mi providencia. Contigo estoy, aquí a tu lado me tienes; todo lo oigo, ni un momento te desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora, olvidadas, se alejan de tí, sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega por ellas, y yo las volveré a tu lado si no han de ser obstáculo a tu santificación.

* **¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme?** ¿Por qué no me haces partícipe de ella a fuer de buen amigo tuyo que soy? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y ha hecho sonreír tu corazón. Quizá has tenido agradables sorpresas; quizá has visto disipados negros recelos, has recibido faustas noticias, una carta, una muestra de cariño; has vencido una dificultad, has salido de un trance apurado... Obra mía es todo esto, y yo te lo he proporcionado, ¿por qué no has de manifestarme tu gratitud, y decirme sencillamente como un hijo a su padre: padre mío, gracias? El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

* **¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme?** Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón: a los hombres se engaña fácilmente; a Dios, no; háblame, pues con toda sinceridad. ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más a aquella ocasión de pecado?, ¿de privarte de aquello que te dañó?, ¿de no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación?, ¿de no tratar más a aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás a ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra a quien, por haberte faltado, miraste hasta hoy como enemiga?

Ahora bien, hijo mío, vuelve a tus ocupaciones habituales, a tu taller, a tu familia, a tu estudio..., pero no olvides la grata conversación que hemos tenido aquí los dos, en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama a mi Madre, que lo es tuya también, la Virgen Santísima... y vuelve otra vez a mí con el corazón más amoroso todavía, más entregado a mi servicio: en el mío encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

QUINCE MINUTOS EN COMPAÑÍA DE JESÚS SACRAMENTADO

(Extraído del Devocionario del P. Manuel Agudo Gimena. Editorial Galduria. Pág. 87. 1980)

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames mucho. Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías a tu madre, o a tu hermano.

* **¿Necesitas hacerme en favor de alguien alguna súplica cualquiera?** Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime en seguida qué quisieras hiciese yo actualmente por ellos. Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos, que llegan a olvidarse en cierto modo de sí propios para atender las necesidades ajenas. Háblame, así, con sencillez, con llaneza, de los pobres a quien quisieras consolar; de los enfermos a quienes ves padecer; de los extraviados que anhelas volver al buen camino; de los amigos ausentes que quisieras ver otra vez a tu lado. Dime por todos una palabra siquiera; pero palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón, y ¿no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón más especialmente ama?

* **¿Y para ti no necesitas alguna gracia?** Hazme, si quieres, como una lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia. Dime francamente que sientes orgullo, amor a la sensualidad y al regalo, que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente... y pídemelo luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos o muchos, que haces para sacudir de encima de ti tales miserias.

No te avergüences, ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos y tantos justos, tantos y tantos santos de primer orden que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad, ... y poco a poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes del cuerpo y del entendimiento: salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios y estudios,... Todo eso puedo darte, y lo doy y deseo me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude a tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas? ¿Qué puedo hacer por tu bien? ¡Si conocieses los deseos que tengo de favorecerte!

* **¿Traes ahora mismo entre manos algún proyecto?** Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa?, ¿qué piensas?, ¿qué deseas?, ¿qué puedo hacer por tu hermano, tu hermana, por tu amigo, por tu superior?, ¿qué desearías por ellos?

Y por mí, ¿no te sientes con deseos de mi gloria? ¿No quisieras poder hacer algún bien a tus prójimos, a tus amigos a quienes amas tal vez mucho y que viven quizá olvidados de mí?

Dime: ¿qué cosa llama hoy particularmente tu atención? ¿qué anhelas más vivamente y con qué medios cuentas para conseguirlo? Dime si te sale mal tu empresa, y yo te diré las causas del mal éxito. ¿No quisieras pedirme algo en tu favor?

Soy, hijo mío, dueño de los corazones, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, donde me place.

Textos para adorar al Señor presente en la Eucaristía

Cuando te acercas al Sagrario piensa que ¡El!... te espera desde hace veinte siglos. (Camino 537)

Ahí lo tienes: es Rey de Reyes y Señor de Señores. —Está escondido en el Pan. Se humilló hasta esos extremos por amor a ti. (Camino 538)

¡Jesús se ha quedado en la Hostia Santa por nosotros!: para permanecer a nuestro lado, para sostenernos, para guiarnos. —Y amor únicamente con amor se paga. (Surco 686)

El más grande loco que ha habido y habrá es El. ¿Cabe mayor locura que entregarse como El se entrega, y a quienes se entrega? Porque locura hubiera sido quedarse hecho un Niño indefenso; pero, entonces, aun muchos malvados se enternecerían, sin atreverse a maltratarle. Le pareció poco: quiso anonadarse más y darse más. Y se hizo comida, se hizo Pan. —¡Divino Loco! ¿Cómo te tratan los hombres?... ¿Yo mismo? (Forja 824)

Jesús, tu locura de Amor me roba el corazón. Estás inerme y pequeño, para engrandecer a los que te comen. (825)

Me gusta llamar ¡cárcel de amor! al Sagrario. —Desde hace veinte siglos, está El ahí... ¡voluntariamente encerrado!, por mí, y por todos. (827)

Mientras asistes a la Santa Misa, piensa —¡es así!— que estás participando en un Sacrificio divino: sobre el altar, Cristo se vuelve a ofrecer por ti. (831)

Cuando le recibas, dile: Señor, espero en Ti; te adoro, te amo, auméntame la fe. Sé el apoyo de mi debilidad, Tú, que te has quedado en la Eucaristía, inerme, para remediar la flaqueza de las criaturas. (832)

Acude perseverantemente ante el Sagrario, de modo físico o con el corazón, para sentirte seguro, para sentirte sereno: pero también para sentirte amado..., ¡y para amar! (837)

Cuando contempléis la Sagrada Hostia expuesta en la custodia sobre el altar, mirad qué amor, qué ternura la de Cristo. Yo me lo explico, por el amor que os tengo; si pudiera estar lejos trabajando, y a la vez junto a cada uno de vosotros, ¡con qué gusto lo haría! Cristo, en cambio, ¡sí puede! Y El, que nos ama con un amor infinitamente superior al que puedan albergar todos los corazones de la tierra, se ha quedado para que podamos unirnos siempre a su Humanidad Santísima, y para ayudarnos, para consolarnos, para fortalecernos, para que seamos fieles. (838)

Quizá, a veces, nos hemos preguntado cómo podemos corresponder a tanto amor de Dios; quizá hemos deseado ver expuesto claramente un programa de vida cristiana. La solución es fácil, y está al alcance de todos los fieles: participar

amorosamente en la Santa Misa, aprender en la Misa a tratar a Dios, porque en este Sacrificio se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros. (Hom. I, 88)

Asistiendo a la Santa Misa, aprenderéis a tratar a cada una de las Personas divinas: al Padre, que engendra al Hijo; al Hijo, que es engendrado por el Padre; al Espíritu Santo que de los dos procede. Tratando a cualquiera de las tres Personas, tratamos a un solo Dios; y tratando a las tres, a la Trinidad, tratamos igualmente a un solo Dios único y verdadero. Amad la Misa, hijos míos, amad la Misa. Y comulgad con hambre, aunque estéis helados, aunque la emotividad no responda: comulgad con fe, con esperanza, con encendida caridad. (Hom. 1, 91)

No ama a Cristo quien no ama la Santa Misa, quien no se esfuerza en vivirla con serenidad y sosiego, con devoción, con cariño. El amor hace a los enamorados finos, delicados; les descubre, para que los cuiden, detalles a veces mínimos, pero que son siempre expresión de un corazón apasionado. De este modo hemos de asistir a la Santa Misa. Por eso he sospechado siempre que, los que quieren oír una Misa corta y atropellada, demuestran con esa actitud poco elegante también, que no han alcanzado a darse cuenta de lo que significa el Sacrificio del altar. (Hom. I, 92)

El amor a Cristo, que se ofrece por nosotros, nos impulsa a saber encontrar, acabada la Misa, unos minutos para una acción de gracias personal, íntima, que prolongue en el silencio del corazón esa otra acción de gracias que es la Eucaristía. el Señor es, para nosotros, Rey, Médico, Maestro, Amigo.

Es Rey y ansía reinar en nuestros corazones de hijos de Dios. Cristo no domina ni busca imponerse, porque no ha venido a ser servido sino a servir [Mt XX, 28.]. Su reino es la paz, la alegría, la justicia.

Es Médico y cura nuestro egoísmo, si dejamos que su gracia penetre hasta el fondo del alma. Jesús nos ha advertido que la peor enfermedad es la hipocresía, el orgullo que lleva a disimular los propios pecados. Con el Médico es imprescindible una sinceridad absoluta, explicar enteramente la verdad y decir: Domine, si vis, potes me mundare [Mt. VIII, 2.], Señor, si quieres -y Tú quieres siempre-, puedes curarme. Tú conoces mi flaqueza; siento estos síntomas, padezco estas otras debilidades. Y le mostramos sencillamente las llagas; y el pus, si hay pus. Señor, Tú, que has curado a tantas almas, haz que, al tenerte en mi pecho o al contemplarte en el Sagrario, te reconozca como Médico divino.

Es Maestro de una ciencia que sólo El posee: la del amor sin límites a Dios y, a todos los hombres. En la escuela de Cristo se aprende que nuestra existencia no nos pertenece: El entregó su vida por todos los hombres y, si le seguimos, hemos de comprender que tampoco nosotros podemos apropiarnos de la nuestra de manera egoísta, sin compartir los dolores de los demás. El que tenga sed, venga a mí y beba [Ioh VII, 37.]. Y contestamos: enséñanos a olvidarnos de nosotros mismos, para pensar en Ti y en todas las almas.

Es Amigo, el Amigo. Nos llama amigos [Ioh XV, 15.] El fue quien dio el primer paso; nos amó primero. Sin embargo, no impone su cariño: lo ofrece. Lo muestra con el signo más claro de la amistad: nadie tiene amor más grande que el que entrega su vida por su amigos [Ioh XV, 13.]. Era amigo de Lázaro y lloró por él, cuando lo vio muerto: y lo resucitó. Si nos ve fríos, desganados, quizá con la rigidez de una vida interior que se extingue, su llanto será para nosotros vida. (Hom. I, 92 y ss)

Examen de conciencia

¿Me he confesado y comulgado al menos una vez al año? ¿Me he acercado a comulgar en pecado mortal? ¿He callado por vergüenza algún pecado mortal en mis confesiones anteriores? ¿He faltado a Misa los domingos o días festivos por mi culpa y sin una razón grave? ¿He cumplido los días de ayuno y abstinencia?

¿He dudado o negado las verdades de la fe católica? ¿He puesto en peligro mi fe leyendo libros o revistas contrarias a la fe católica o he asistido a reuniones de sectas que no son católicas? ¿He sido supersticioso o practicado el espiritismo? ¿Le he dedicado suficiente tiempo a Dios en la oración personal y comunitaria?

¿He pronunciado palabras injuriosas contra Dios, con la intención de ofenderle? ¿He jurado sin necesidad o sin verdad? ¿He murmurado externa o internamente contra el Señor cuando me ha ocurrido alguna desgracia? ¿Me dejo llevar por la pereza en el cumplimiento de mis deberes, particularmente en el trabajo?

¿He tratado a mis padres con la debida veneración y respeto? ¿He dado mal ejemplo a mis hijos, no cumpliendo con mis deberes religiosos, familiares, o profesionales? ¿He dado mal ejemplo en cosas importantes a las personas que me rodean, sobre todo a mis amigos? ¿Me he puesto voluntariamente en ocasión de ofender a Dios gravemente? ¿He sido causa de que otros pecasen por mi conversación, por mi modo de vestir, por mi conducta desordenada, por mi consejo, etc.? ¿He tratado de reparar el escándalo?

¿Tengo enemistad, odio o rencor contra alguien? ¿Rehúso perdonarle? ¿He causado la muerte a alguien? ¿Tengo en mi corazón un deseo de venganza por el mal que me han causado? (Mt 5, 22). ¿Siento odio, rencor o resentimiento por alguien; le he deseado el mal? ¿He abusado de la comida, del alcohol? ¿He consumido drogas? ¿He practicado, aconsejado o facilitado un aborto?

¿He aceptado pensamientos o miradas impuras? ¿He visto imágenes inmorales? ¿He tenido conversaciones impuras? ¿He realizado actos impuros? ¿Sólo o con otras personas? ¿Del mismo o distinto sexo? ¿He usado indebidamente el matrimonio? ¿He tomado píldoras anticonceptivas o usado algún otro método artificial para evitar tener hijos? ¿He sido fiel a mi cónyuge o he permitido afectos hacia otra persona?

¿He tomado dinero o cosas que no son mías? ¿Cuánto? ¿He restituido o reparado por el daño causado? ¿He sido honrado en mis negocios o he participado de alguna manera en la corrupción con maneras de actuar inmorales?

¿He dicho mentiras? ¿He calumniado o descubierto, sin causa justa, defectos graves de otra persona, aunque sean ciertos, pero no conocidos? ¿He hecho juicios temerarios contra el prójimo? ¿He reparado el daño que haya podido seguirse? ¿He cometido "maledicencia", o sea, que sin razón objetivamente válida, he manifestado los defectos y faltas del prójimo a otras personas que no conocían dichos defectos? ¿He revelado secretos profesionales?

Acto de Contrición. ¡Señor mío Jesucristo!, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío; por ser vos quien sois, bondad infinita, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberos ofendido, y también me pesa porque podéis castigarme con las penas del infierno. Ayudado de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me sea impuesta. Amén.

Un susurro en el alma: el silencio de Dios

El silencio es a menudo el «lugar» en el que Dios nos espera: para que logremos escucharle a Él, en vez de escuchar el ruido de nuestra propia voz.

LA LUZ DE LA FE 19 de marzo de 2018

El libro del Éxodo cuenta cómo Dios se apareció a Moisés en el Sinaí en el resplandor de su gloria: la montaña entera se sacudía violentamente, Moisés hablaba y Dios le respondía entre los truenos y rayos (*Ex* 19,16-22). Todo el pueblo escuchaba impresionado por el poder y la majestad de Dios. Aunque hay otras teofanías semejantes que marcan la historia de Israel[1], la mayor parte de las veces Dios se manifestaba de otro modo a su Pueblo: no en el resplandor de la luz, sino en el silencio, en la oscuridad.

Unos siglos después de Moisés, el profeta Elías, huyendo de la persecución de Jezabel, emprende una vez más el camino hacia el monte santo, impulsado por Dios. Escondido en una cueva, el profeta ve los mismos signos de la teofanía del Éxodo: el terremoto, el huracán, el fuego. Pero Dios no estaba allí. Después del fuego, dice el escritor sagrado, hubo «un ruido como el de una brisa suave». Elías se cubrió el rostro con el manto y salió al encuentro de Dios. Y fue entonces cuando Dios le habló (cfr. *1 R* 19,9-18). El texto hebreo dice literalmente que Elías oyó «el ruido o la voz de un *silencio* (*d^mmama*) suave».

LA DIFICULTAD PARA CAPTAR LA CERCANÍA DE DIOS ES UNA EXPERIENCIA COMÚN A CREYENTES Y A NO CREYENTES, AUNQUE ADQUIERA FORMAS DIVERSAS EN UNOS Y OTROS

La versión griega de los Setenta y la Vulgata han traducido «una *brisa* suave», probablemente para evitar la aparente contradicción entre *ruido* o *voz*, de una parte, y *silencio*, de otra. Pero lo que significa la palabra *d^mmama* es precisamente el silencio. Con esta paradoja el autor sagrado sugiere, pues, que el silencio no está vacío, sino lleno de la presencia divina. «El silencio custodia el misterio»[2], el misterio de Dios. Y la Escritura nos invita a entrar en este silencio si queremos encontrarle.

Qué débil susurro escuchamos de Él

Este modo de hablar de Dios nos resulta, sin embargo, difícil. Los salmos lo manifiestan con elocuencia: «¡Dios mío! No estés callado, no guardes silencio, no te quedes quieto, ¡Dios mío!» (*Sal* 83,2). «¿Por qué escondes tu rostro?» (*Sal* 44,25) «¿Por qué han de decir las naciones: “¿Dónde está su Dios?”» (*Sal* 115,2). A través del texto sagrado, Dios mismo pone estas preguntas en nuestros labios y en nuestro corazón: quiere que se las digamos, que las meditemos en la forja de la oración. Son preguntas importantes. Por un lado, porque apuntan directamente al modo en que Él se revela habitualmente, a su lógica: nos ayudan a entender cómo buscar su Rostro, cómo escuchar su voz. Por otro, porque muestran que la dificultad para captar la cercanía de Dios, especialmente en las situaciones difíciles de la vida, es una experiencia común a creyentes y a no creyentes, aunque adquiera formas diversas en unos y otros. La fe y la vida de la gracia no hacen evidente a Dios; también el creyente puede experimentar la aparente ausencia de Dios.

QUIEN HA COMPRENDIDO LAS PALABRAS DEL SEÑOR, COMPRENDE SU SILENCIO, PORQUE AL SEÑOR SE LE CONOCE EN SU SILENCIO (SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA)

¿Por qué Dios calla? A menudo, las Escrituras nos presentan su silencio, su lejanía, como una consecuencia de la infidelidad del hombre. Así se explica, por ejemplo, en el Deuteronomio: «Este pueblo se va a prostituir yendo en pos de dioses extranjeros de la tierra en que va a entrar. Me abandonará y quebrantará la alianza que pacté con él (...). Pero yo en ese día ocultaré irremisiblemente mi rostro por toda la maldad que habrá hecho al haberse vuelto en pos de dioses extranjeros» (*Dt* 31,16-18). El pecado, la idolatría, es como una cortina que hace opaco a Dios, que impide verle; es como un ruido que le hace inaudible. Y Dios espera entonces con paciencia, detrás de esa pantalla que ponemos entre nosotros y Él,

Textos para rezar

a la espera de un momento oportuno, para volver a nuestro encuentro. «No apartaré de vosotros mi rostro, porque soy misericordioso» (*Jr* 3,12).

Más que callarse Dios, pues, sucede con frecuencia que no le dejamos hablar, que no le escuchamos, porque hay demasiado ruido en nuestra vida. «No sólo existe la sordera física, que en gran medida aparta al hombre de la vida social. Existe un defecto de oído con respecto a Dios, y lo sufrimos especialmente en nuestro tiempo. Nosotros, simplemente, ya no logramos escucharlo; son demasiadas las frecuencias diversas que ocupan nuestros oídos. Lo que se dice de Él nos parece pre-científico, ya no parece adecuado a nuestro tiempo. Con el defecto de oído, o incluso la sordera, con respecto a Dios, naturalmente perdemos también nuestra capacidad de hablar con Él o a Él. Sin embargo, de este modo nos falta una percepción decisiva. Nuestros sentidos interiores corren el peligro de atrofiarse. Al faltar esa percepción, queda limitado, de un modo drástico y peligroso, el radio de nuestra relación con la realidad en general»[3].

Sin embargo, a veces no se trata de que el hombre esté sordo para Dios: parece más bien que Él no escucha, que permanece pasivo. El libro de Job, por ejemplo, muestra cómo también las oraciones del justo en la adversidad pueden quedarse, por un tiempo, sin obtener respuesta de Dios. «¿Qué débil susurro escuchamos de Él!» (*Jb* 26,14). La experiencia diaria de cada hombre muestra también en qué medida la necesidad de recibir de Dios una palabra o ayuda queda a veces como tendida en el vacío. La misericordia de Dios, de la que tanto hablan las Escrituras y la catequesis cristiana, puede hacerse a veces difícil de percibir a quien pasa por situaciones dolorosas, marcadas por la enfermedad o la injusticia, en las que aun rezando no parece obtenerse una respuesta. ¿Por qué Dios no escucha? ¿Por qué, si es un Padre, no viene en mi ayuda, ya que puede hacerlo? «La lejanía de Dios, la oscuridad y problemática sobre Él, son hoy más intensas que nunca; incluso nosotros, que nos esforzamos por ser creyentes, tenemos con frecuencia la sensación de que la realidad de Dios se nos ha escapado de las manos. ¿No nos preguntamos a menudo si Él sigue sumergido en el inmenso silencio de este mundo? ¿No tenemos a veces la impresión de que, después de mucho reflexionar, sólo nos quedan palabras, mientras la realidad de Dios se encuentra más lejana que nunca?»[4].

En el corazón de la Revelación, más que en cualquiera de nuestras experiencias, es la historia de Jesús mismo la que nos introduce con mayor profundidad en el misterio del silencio de Dios. A Jesús, que es el verdadero justo, el siervo fiel, el Hijo amado, no se le ahorran los tormentos de la pasión y de la Cruz. Su oración en Getsemaní recibe como respuesta el envío de un ángel para consolarlo, pero no la liberación de la tortura inminente. Tampoco deja de asombrar que Jesús rece en la Cruz con estas palabras del salmo

22: «¿Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? Lejos estás de mi salvación, de mis palabras suplicantes» (*Sal* 22,2). El hecho de que quien no conoció pecado (*2 Cor* 5,21) haya experimentado de este modo el sufrimiento pone de manifiesto cómo los dolores que marcan a veces de manera dramática la vida de los hombres no pueden ser interpretados como signos de reprobación por parte de Dios, ni su silencio como ausencia o lejanía.

A Dios se le conoce en su silencio

Al pasar junto a un ciego de nacimiento, los apóstoles hacen una pregunta que pone de manifiesto un modo frecuente de pensar entonces: «¿Quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?» (*Jn* 9,1). Aunque hoy resultaría extraño oír algo así, en realidad la pregunta no se encuentra tan lejos como parece de una mentalidad frecuente, por la que el sufrimiento, del tipo que sea, es visto como una especie de destino ciego ante el que no cabe más que la resignación, una vez han fracasado los intentos de quitarlo. Jesús corrige a los apóstoles: «Ni pecó este ni sus padres, sino que eso ha ocurrido para que las obras de Dios se manifiesten en él» (*Jn* 9,3). Dios permanece a veces en silencio, aparentemente inactivo e indiferente a nuestra suerte, porque quiere abrirse camino en nuestra alma. Solo así se entiende, por ejemplo, que permitiera el sufrimiento de san José, en la incertidumbre acerca de la maternidad inesperada de Santa María (cfr. *Mt* 1,18-20), pudiendo haber «programado» las cosas de otro modo. Dios estaba preparando a José para algo grande. Él «no perturba nunca la alegría de sus hijos, si no es para prepararles un gozo más seguro y grande»[5].

DIOS PERMANECE A VECES EN SILENCIO, APARENTEMENTE INACTIVO E INDIFERENTE A NUESTRA SUERTE, PORQUE QUIERE ABRIRSE CAMINO EN NUESTRA ALMA

Textos para rezar

Escribía san Ignacio de Antioquía que «quien ha comprendido las palabras del Señor, comprende su silencio, porque al Señor se le conoce en su silencio»[6]. El silencio de Dios es a menudo para el hombre el «lugar», la posibilidad y la premisa para escuchar a Dios, en vez de escucharse solo a sí mismo. Sin la *voz silenciosa* de Dios en la oración, «el yo humano acaba por encerrarse en sí mismo, y la conciencia, que debería ser eco de la voz de Dios, corre el peligro de reducirse a un espejo del yo, de forma que el coloquio interior se transforma en un monólogo, dando pie a mil autojustificaciones»[7]. Pensándolo bien, si Dios hablara e interviniera continuamente en nuestra vida para resolver problemas, ¿no debemos admitir que fácilmente trivializaríamos su presencia? ¿No acabaríamos, como los dos hijos de la parábola (cfr. *Lc 15,11-32*), prefiriendo nuestros beneficios a la alegría de vivir con Él?

«El silencio es capaz de abrir un espacio interior en lo más íntimo de nosotros mismos, para hacer que allí habite Dios, para que su Palabra permanezca en nosotros, para que el amor a Él arraigue en nuestra mente y en nuestro corazón, y anime nuestra vida»[8]. Con la búsqueda, con la oración confiada ante las dificultades, el hombre se libera de su autosuficiencia; pone en movimiento sus recursos interiores; ve cómo se fortalecen las relaciones de comunión con los demás. El silencio de Dios, el hecho de que no intervenga siempre de un modo inmediato para resolver las cosas del modo en que querríamos, despierta el dinamismo de la libertad humana; llama al hombre a hacerse cargo de su propia vida o de la de los demás, y de sus necesidades concretas. La fe es por eso «la fuerza que en silencio, sin hacer ruido, cambia el mundo y lo transforma en el reino de Dios, y la oración es expresión de la fe (...). Dios no puede cambiar las cosas sin nuestra conversión, y nuestra verdadera conversión comienza con el “grito” del alma, que implora perdón y salvación»[9].

En la enseñanza de Jesús, la oración aparece como un diálogo entre el hombre como hijo y el Padre del Cielo, en el que la petición ocupa un lugar muy importante (cfr. *Lc 11,5-11; Mt 7,7-11*). El niño sabe que su Padre siempre le escucha, pero que lo que le está asegurado no es tanto una especie de salida del sufrimiento o la enfermedad, como el don del Espíritu Santo (*Lc 11,13*). La respuesta con la que Dios siempre viene en ayuda del hombre es el Don del Espíritu-Amor. Esto nos puede saber a poco, pero es un regalo mucho más precioso y fundamental que cualquier solución terrena a los problemas. Es un regalo que debe ser aceptado en la fe filial y que no elimina la necesidad del esfuerzo humano para enfrentarse a las dificultades. Con Dios, los «valles oscuros» que a veces tenemos que cruzar no se iluminan automáticamente; seguimos caminando, con miedo quizá, pero un miedo confiado: «No temo ningún mal, porque Tú estás conmigo» (*Sal 23,4*).

SI DIOS HABLARA E INTERVINIERA CONTINUAMENTE EN NUESTRA VIDA PARA RESOLVER PROBLEMAS, ¿NO DEBEMOS ADMITIR QUE FÁCILMENTE TRIVIALIZARÍAMOS SU PRESENCIA?

Este modo de hacer de Dios, que despierta la decisión y la confianza del hombre, se puede reconocer en la forma en que Dios ha realizado su Revelación en la historia. Podemos pensar en la historia de Abraham, que deja su país y se pone en camino hacia una tierra desconocida, fiándose de la promesa divina, sin saber adónde Dios le lleva (cfr. *Gn 12,1-4*); o en la confianza del Pueblo de Israel en la salvación de Dios, incluso cuando todas las esperanzas humanas parecen haberse hundido (cfr. *Est 4,17a-17kk*); o en la huida serena de la Sagrada Familia a Egipto (cfr. *Mt 2,13-15*) cuando Dios parece someterse a los caprichos de un monarca provinciano... En ese sentido, pensar que la fe resultaba más sencilla a los testigos de la vida de Jesús no se corresponde con la realidad, porque ni siquiera a esos testigos se les ahorró la seriedad de la decisión de creer o no en Él, de reconocer en Él la presencia y la acción de Dios[10]. Hay numerosos pasajes del Nuevo Testamento en los que se ve con claridad cómo esta decisión no era obvia[11].

Ayer como hoy, a pesar de que la Revelación de Dios ofrece auténticos signos de credibilidad, el velo de la inaccesibilidad de Dios no se elimina por completo; sus silencios continúan desafiando al hombre. «La existencia humana es un camino de fe y, como tal, transcurre más en la penumbra que a plena luz, con momentos de oscuridad e, incluso, de tinieblas. Mientras estamos aquí, nuestra relación con Dios se realiza más en la escucha que en la visión»[12]. Esto no es solo una expresión del hecho de que Dios es siempre más grande que nuestra inteligencia, sino también de la lógica de apelación y respuesta, de don y tarea, con la que quiere conducir nuestra historia: la de todos y la personal de cada uno. A fin de cuentas, pues, están en relación mutua la forma de revelarse de Dios y la libertad que tenemos por ser imagen

Textos para rezar

suya. La Revelación de Dios permanece en un claroscuro que permite la libertad de elegir abrirnos a Él o permanecer cerrados en nuestra autosuficiencia. Dios es «un Rey con corazón de carne, como el nuestro; que es autor del universo y de cada una de las criaturas, y que no se impone dominando: mendiga un poco de amor, mostrándonos, en silencio, sus manos llagadas»[13].

La nube del silencio

Con su oración en la Cruz —«Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46)— Jesús «hace suyo ese grito de la humanidad que sufre por la aparente ausencia de Dios y lleva este grito al corazón del Padre. Al orar así en esta última soledad, junto con toda la humanidad, nos abre el corazón de Dios»[14]. En efecto, el salmo con el que Jesús clama al Padre da paso, tras los lamentos, a un gran horizonte de esperanza (cfr. Sal 22,20-32)[15]; un horizonte que Él tiene ante la mirada, aun en medio de su agonía. «En tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,44), dice al Padre antes de expirar. Jesús sabe que la entrega de su vida no cae en el vacío, que cambia la historia para siempre, aunque parezca que el mal y la muerte son la última palabra. Su silencio en la Cruz puede más que los gritos de quienes le condenan. «Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5).

JESÚS SABE QUE LA ENTREGA DE SU VIDA NO CAE EN EL VACÍO, QUE CAMBIA LA HISTORIA PARA SIEMPRE, AUNQUE PAREZCA QUE EL MAL Y LA MUERTE SON LA ÚLTIMA PALABRA

«La fe es también creerle a Él, creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad. Es creer que Él marcha victorioso en la historia (...), que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá»[16]. Con sus silencios, Dios hace crecer la fe y la esperanza de los suyos: les hace nuevos, y hace con ellos «nuevas todas las cosas». A cada uno y cada una toca responder al *silencio suave* de Dios con un silencio atento, un silencio que escucha, para descubrir «cómo obra misteriosamente el Señor» en nuestro corazón, «y cuál es la nube, (...) el estilo del Espíritu Santo para cubrir nuestro misterio. Esta nube en nosotros, en nuestra vida, se llama silencio. El silencio es precisamente la nube que cubre el misterio de nuestra relación con el Señor, de nuestra santidad y nuestros pecados»[17].

Marco Vanzini - Carlos Aixelá

Lecturas para profundizar

Consejo Pontificio para la Cultura (2004), *¿Dónde está tu Dios? La fe cristiana ante la increencia religiosa*.

Francisco, Homilía en Santa Marta, 20-XII-2013 (“Cuando el silencio es música”).

Francisco, Homilía en Santa Marta, 10-VI-2016 (“El silencio sonoro”).

Benedicto XVI, Homilía, 6-X-2006 (Silencio y contemplación).

Benedicto XVI, Audiencia, 7-III-2012 (“Oración y silencio: Jesús, maestro de oración”).

--

Guardini, R. *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Palabra, 2017 (carta 8: “El alma”) (orig: *Briefe über Selbstbildung*).

Izquierdo, C. “Palabra (y silencio) de Dios”, *Scripta Theologica* 41 (2009/3) 945-960.

Lewis, C. S. *Una pena en observación*, Anagrama, 2007 (orig. *A Grief Observed*).

Textos para rezar

Newman, J. H. “Cristo oculto del mundo”, en *Sermones parroquiales 4*, Encuentro, 2010 (orig. “Christ Hidden from the World”, *Parochial and Plain sermons 4*)

— “Cristo manifestado en el recuerdo”, en *Sermones parroquiales 4*, Encuentro, 2010 (orig. “Christ Manifested in Remembrance”, *Parochial and Plain sermons 4*)

Ordeig, M. “Búsqueda, recogimiento... El valor del silencio”, *Palabra*, febrero 2018.

Ratzinger, J. “¿Estamos salvados? O Job habla con Dios”, en *Ser Cristiano*, Desclée de Brouwer, 2007 pp. 15-38 (edición anterior: *Ser Cristiano*, Sígueme 1967, 13-28). (orig. *Vom Sinn des Christseins*).

— *La angustia de una ausencia. Tres meditaciones sobre el Sábado santo, 30 días*, 3-2006 (orig. *Meditationen zur Karwoche*).

Sarah, R. *La fuerza del silencio*, Palabra 2017 (orig. *La force du silence*).

[1] Cfr. por ejemplo *Gn* 18,1-15; *I R* 18,20-40, *Is* 6,1-13.

[2] Francisco, Homilía en Santa Marta, 20-XII-2013.

[3] Benedicto XVI, Homilía, 10-IX-2006.

[4] J. Ratzinger, “¿Estamos salvados? O Job habla con Dios”, en *Ser Cristiano*, Sígueme 1967, p. 19.

[5] A. Manzoni, *Los novios (I promessi sposi)*, cap. 8.

[6] Ignacio de Antioquía, *Carta a los efesios*, XV, 2 (*Sources chrétiennes* 10, p. 84-85).

[7] Benedicto XVI, Homilía, 6-II-2008.

[8] Benedicto XVI, Audiencia, 7-III-2012.

[9] Benedicto XVI, Homilía, 21-X-2007.

[10] Cfr. R. Guardini, *El Señor*, IV.6, “Revelación y misterio”.

[11] Cfr. por ejemplo *Jn* 6,60-68; 8,12-20; 9,1-41.

[12] Benedicto XVI, Angelus, 12-III-2006.

[13] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 179.

[14] Benedicto XVI, Homilía, 6-II-2008.

[15] Así sucede con frecuencia en los salmos: el salmista se queja ante Dios —«¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?» (*Sal* 13,2-3)—, pero no pierde la fe en Él: «Yo confío en tu misericordia; mi corazón se goza en tu salvación. Cantaré al Señor por el bien que me hace» (v. 6).

[16] Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), n. 78.

[17] Francisco, Homilía en Santa Marta, 20-XII-2013.

«Tu rostro, Señor, buscaré»: la fe en el Dios personal

La fe cristiana es una fe con Rostro, una fe que dice: no estás solo en el mundo... hay Alguien que ha querido que existas, que te ha dicho «¡vive!».

LA LUZ DE LA FE 13 de febrero de 2018

«De ti piensa mi corazón: “Busca su rostro”. Tu rostro, Señor, buscaré»(*Sal 27,8*). Este verso del salmista responde a un motivo que recorre la Sagrada Escritura, desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*[1]: toda la historia de Dios con los hombres, que sigue hoy su curso, entre los pliegues de sus páginas. En este anhelo se expresa, pues, algo que late también —de un modo más o menos explícito— en el corazón de los hombres y mujeres del siglo XXI. Porque si durante años podía parecer que el declive de la religión en el mundo occidental era imparable, que la fe en Dios era ya poco más que un mueble obsoleto frente a la cultura moderna y el mundo científico, de hecho sigue viva la búsqueda de Dios y de un sentido trascendente para la propia existencia.

HOY SE HA VUELTO MÁS DIFÍCIL RECONOCER EL ROSTRO DE UN DIOS PERSONAL, O ADVERTIR DE MODO VITAL SU CERCANÍA

En esta búsqueda de lo sagrado, no obstante, se ha dado un notable cambio cualitativo. El cuadro de las creencias es hoy más complejo y fragmentado que en el pasado. En la Iglesia católica ha caído la práctica y han aumentado quienes se declaran cristianos, pero no aceptan algunos aspectos de la doctrina de fe o de la moral. También se da una tendencia a mezclar libremente creencias diversas (por ejemplo, el cristianismo y el budismo). Ha aumentado el número de personas que dicen creer en una fuerza impersonal y no en el Dios de la fe cristiana, así como el de los miembros de las religiones no cristianas, especialmente orientales, o movimientos *New Age*. Para muchos, la imagen de lo divino se difumina en los contornos de una fuerza cósmica, de una fuente de energía espiritual o de un ser distante e indiferente. En definitiva, se puede decir que en la presente atmósfera cultural se ha vuelto más difícil *reconocer el rostro de un Dios personal*, considerar verdaderamente creíble el mensaje cristiano sobre el Dios que se ha hecho visible en Jesucristo, o advertir de modo vital su cercanía.

Si hay culturas en las que la visión impersonal de Dios se debe a que la fe cristiana ha tenido poco influjo sobre ellas, en el mundo occidental se trata más bien de un fenómeno cultural complejo: «un extraño olvido de Dios» por el que «parece que todo marche igualmente sin él»[2]. Este olvido, que no puede evitar un cierto «sentimiento de frustración, de insatisfacción de todo y de todos»[3], se manifiesta entre otras cosas en la tendencia a concebir la religión desde una óptica individual, como un “consumo” de experiencias religiosas, en función de las propias necesidades espirituales. Aunque desde esta óptica es difícil comprender que Dios nos llama a una relación personal, tampoco lo facilitaba una concepción bastante extendida tiempo atrás, que veía la práctica religiosa fundamentalmente como una “obligación” o un mero deber exterior hacia Dios. Resulta iluminante en ese sentido la mirada penetrante del beato John Henry Newman sobre la historia: «cada siglo es como los demás, aunque a quienes viven en él les parece peor que cualquiera de los anteriores»[4].

El contexto en el que la fe cristiana se desenvuelve en la actualidad reviste, ciertamente, una nueva complejidad. Pero también hoy —como ayer— es posible redescubrir la fuerza arrolladora de una fe con Rostro, una fe que nos dice: no estás solo en el mundo; hay Alguien que ha querido que existas, que te ha dicho «¡vive!» (cfr. *Ez 16,6*) y que te quiere feliz para siempre. El Dios de Jesucristo, al que se ha criticado de «haber rebajado la existencia humana, quitando novedad y aventura a la vida»[5], quiere realmente que tengamos vida, y vida en abundancia (cfr. *Jn 10,10*), es decir, una felicidad que nadie ni nada nos podrá quitar (cfr. *Jn 16,22*).

El misterio de un Rostro y los ídolos sin rostro

De modo especial en Occidente, algunas personas perciben hoy la espiritualidad y la religión como antagónicas: mientras en la “espiritualidad” perciben autenticidad y cercanía —se trata de sus

Textos para rezar

experiencias, de sus sentimientos—, en la religión ven sobre todo un cuerpo de normas y creencias que les resulta ajeno. La religión aparece así, quizá, como un objeto de interés histórico y cultural, pero no como una realidad esencial para la vida personal y social. Junto a otros factores, esto puede deberse a ciertas carencias en la catequesis, porque, de hecho, la fe cristiana está llamada a hacerse experiencia en la vida de cada uno, como lo son los encuentros interpersonales, la amistad, etc. «La vida interior —escribía san Josemaría— si no es un encuentro personal con Dios, no existirá»[6]. En esa misma línea, ha escrito el Papa Francisco: «invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él»[7].

EL ENCUENTRO CON DIOS NO RESPONDE A LA LÓGICA INMEDIATA DE LO AUTOMÁTICO: NO SE ACCEDE A UNA PERSONA COMO SE ACCEDE A UNA WEB, SIGUIENDO SENCILLAMENTE UN LINK

Este encuentro, sin embargo, no responde a la lógica inmediata de lo automático. No se accede a una persona como se accede a una web, siguiendo sencillamente un *link*; ni se descubre verdaderamente a una persona como se encuentra un objeto cualquiera. Incluso cuando parece que el hallazgo de Dios ha sido repentino, como sucede con algunas conversiones, los relatos de los conversos suelen mostrar cómo aquel paso se había venido preparando desde mucho tiempo antes, a fuego lento. El camino hacia la fe, y la vida misma del creyente, tiene mucho de espera paciente. «¡Debemos vivir a la espera de este encuentro!»[8]. Los vaivenes de la historia de la salvación —tanto los que se relatan en la Escritura como los que vemos en la actualidad— muestran cómo Dios sabe esperar. Dios espera porque trata con personas. Pero también por eso, porque Él es Persona, el hombre debe aprender a esperar. «La fe, por su propia naturaleza, requiere renunciar a la posesión inmediata que parece ofrecer la visión; es una invitación a abrirse a la fuente de la luz, respetando el misterio propio de un Rostro, que quiere revelarse personalmente y en el momento oportuno»[9].

El episodio del becerro de oro en el desierto (Cfr. *Ex* 32,1-8) es una imagen perenne de esa impaciencia de los hombres con Dios. «Mientras Moisés habla con Dios en el Sinaí, el pueblo no soporta el misterio del rostro oculto de Dios, no aguanta el tiempo de espera»[10]. Se entienden así las advertencias insistentes de los profetas del Antiguo Testamento acerca de la idolatría[11], que atraviesan los siglos hasta hoy. Ciertamente, a nadie le gusta que le llamen idólatra: la palabra tiene una connotación de sumisión y de irracionalidad que la hace poco conciliadora. Sin embargo, es interesante observar que los profetas dirigían el término sobre todo a un pueblo *creyente*. Porque la idolatría no es solo ni principalmente un problema de «las gentes» que no invocan el Nombre de Dios (cfr. *Jr* 10,25): tiende a hacerse un lugar también en la vida del creyente, como una “reserva” por si Dios no fuera a llenar las expectativas del corazón, como si Dios no fuera suficiente. «Ante el ídolo, no hay riesgo de una llamada que haga salir de las propias seguridades, porque los ídolos «tienen boca y no hablan» (*Sal* 115,5). Vemos entonces que el ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad, adorando la obra de las propias manos»[12]. Esta es, pues, la tentación: asegurarse un rostro, aunque no sea más que el nuestro, como en un espejo. «En lugar de tener fe en Dios, se prefiere adorar al ídolo, cuyo rostro se puede mirar, cuyo origen es conocido, porque lo hemos hecho nosotros»[13]. Se deja por imposible la búsqueda del Dios personal, del Rostro que quiere ser acogido, y se opta por rostros que elegimos nosotros: dioses “personalizados” —con el sabor agridulce que a veces deja este adjetivo—; dioses «de plata y oro, de bronce y hierro, de madera y piedra, que ni ven, ni oyen, ni conocen» (*Dn* 5,23), pero que se prestan a nuestros deseos.

DIOS ESPERA PORQUE TRATA CON PERSONAS; PERO TAMBIÉN POR ESO, PORQUE ÉL ES PERSONA, EL HOMBRE DEBE APRENDER A ESPERAR

Podemos vivir aferrados a esas seguridades durante un tiempo, más o menos largo. Pero es fácil que un revés profesional, una crisis familiar, un hijo problemático o una enfermedad grave hagan derrumbarse esa seguridad. «¿Dónde están los dioses que te hiciste? Que se levanten, si es que pueden salvarte» (*Jr* 2,28). El hombre se da cuenta entonces de que está solo en el mundo; como Adán y Eva en el paraíso tras el pecado, cae en la cuenta de que está desnudo, suspendido en el vacío (cfr. *Gn* 3,7). «Llega siempre un momento en el que el alma no puede más, no le bastan las explicaciones habituales, no le satisfacen las mentiras de los falsos profetas. Y, aunque no lo admitan entonces, esas personas sienten hambre de saciar su inquietud con la enseñanza del Señor»[14].

Textos para rezar

El Dios personal

¿En qué sentido el cristianismo puede superar las insuficiencias de los ídolos y saciar esa inquietud? Mientras para otras religiones o espiritualidades «Dios queda muy lejos, parece que no se da a conocer, no se hace amar»[15], el Dios cristiano «se ha dejado ver: en el rostro de Cristo vemos a Dios, Dios se ha hecho “conocido”»[16]. El Dios cristiano es el *Alguien* por quien suspira el corazón humano. Y Él mismo ha venido a mostrarnos su rostro: «lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida (...) os lo anunciamos» (1 Jn 1,3). Cuando todas las seguridades humanas fallan, cuando la vida y su sentido se vuelven inciertos, entra en escena el «Verbo de la vida». Quien le rechaza queda como prisionero de su necesidad de amor[17]; quien le abre las puertas, y decide no agarrarse a sus propias seguridades o a su desesperación, quien se reconoce ante Él como un pobre enfermo, un pobre ciego, puede descubrir su rostro personal.

Ahora bien, ¿qué significa que Dios es *persona*, que tiene rostro? Y sobre todo, ¿tiene sentido esta pregunta? Cuando Felipe pide a Jesús que les muestre al Padre, responde el Señor: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). El hecho de que Dios se haya hecho hombre en Jesús, de que a través de su humanidad se haya manifestado Dios en persona —evento que es el centro mismo de la fe cristiana—, muestra que esta pregunta no designa una quimera sino que tiene una meta real.

Sin embargo, si Dios tiene rostro personal, si se ha revelado en Jesucristo, ¿por qué se esconde a nuestra mirada? «¿No lo daría uno todo con tal de que se le permitiera verlo andar por la calle, oír el timbre de su voz, penetrar su mirada, sentir su “poder”, percibir con la experiencia más íntima quién es él?»[18] ¿Por qué, si Dios vino al mundo, ha vuelto ahora a esconderse en su misterio? En realidad, el Génesis —que no solo versa sobre los orígenes, sino también sobre los ejes mismos de la historia— muestra que es más bien el hombre quien se esconde de Dios por el pecado (cf. Gn 3,9-10).

Con todo, imaginando que Jesús se hubiera quedado en la tierra, ¿verdaderamente sería más personal la relación con Él? Cada uno dispondría, en el mejor de los casos, de unos pocos instantes en la vida para estar con Él. Unas palabritas, y una foto, como con los famosos... Admitiendo, pues, que Dios «se esconda»... se puede decir que lo hace precisamente porque quiere entablar una relación personal con cada hombre y cada mujer: de tú a tú, de corazón a corazón. En la relación con Dios sucede, en el modo más intenso posible, algo que es propio todas las relaciones personales: que nunca acabamos de conocer al otro del todo; que es necesario buscarle. «Sí, por detrás de las gentes te busco. / No en tu nombre, si lo dicen, / no en tu imagen, si la pintan. / Detrás, detrás, más allá»[19].

«El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). La Encarnación de Dios hace de la personalidad humana un camino apto para acercarse al misterio del Dios personal. De hecho se trata del único camino, porque no conocemos de modo directo ningún otro modo de existencia personal. Al recorrerlo, sin embargo, es necesario evitar el *antropomorfismo*: la tendencia a describir un Dios a la medida del hombre, algo así como un ser humano agrandado, perfeccionado. Ya el hecho mismo de que Dios sea una Trinidad de personas muestra cómo su Ser personal desborda los marcos de nuestra propia experiencia; pero no la hace por eso inútil para intentar acercarnos a su Misterio, con las alas de la fe y de la razón[20].

Retomemos, pues, la pregunta: ¿Qué significa ser persona? Una persona se distingue de los seres no personales en que «*se posee* a sí misma por la voluntad y *se comprende* perfectamente por la inteligencia: es la trascendencia de un ser que puede decir “yo”»[21]. Trascendencia, porque el “yo” de cada persona —incluso de quienes no pueden decir “yo”— hace de ella una realidad irreductible al resto del universo; por así decir, cada persona es un abismo. «Un abismo llama a otro abismo» (Sal42,8), dice el verso de un salmo, en el que san Agustín reconoce el misterio de la persona humana[22]. Pues bien, decir que Dios es persona significa que se trata de un “Yo” que es dueño de sí y que es distinto de mí, pero que a la vez no está junto a mí como cualquier otra persona humana. Dios es, como decía también san Agustín en una expresión de una profundidad y belleza difíciles de superar, *interior íntimo meo*: Él está más profundamente dentro de mí que yo mismo[23], porque se encuentra en el origen más profundo de mi ser. Es Él quien ha pensado en mí, y quien ya nunca dejará de hacerlo.

**DIOS ESTÁ MÁS PROFUNDAMENTE DENTRO DE MÍ QUE YO MISMO, PORQUE SE
ENCUENTRA EN EL ORIGEN MÁS PROFUNDO DE MI SER**

Textos para rezar

Precisamente aquí se dibuja una frontera decisiva entre nuestro ser personal y el de Dios. Nuestra existencia es radicalmente dependiente de Dios: somos *porque Él ha querido*; nuestro ser está en sus manos. «En el comienzo de la filosofía occidental aparece repetidamente la cuestión del *arjé*, el principio de todas las cosas, y se le dan variadas y profundas respuestas. Pero hay solo una respuesta que responda realmente: darse cuenta religiosamente de que mi principio está en Dios. Digámoslo mejor: en la voluntad de Dios, dirigida hacia mí, de que he de ser, y ser el que soy»[24]. Dios ha decidido que yo exista, y sea precisamente tal como soy; por eso puedo aceptarme y considerarme un bien. Es lo que sucede cada vez que el hijo se descubre amado por sus padres, cada vez que una mirada, una sonrisa, un gesto le dice: «¡Para mí es bueno que existas!»[25]: se reconoce enteramente dependiente... y al mismo tiempo querido sin reservas.

«Él nos hizo y somos suyos» (*Sal* 100,3). Esta dependencia radical ¿supone una forma de dominio? Para responder afirmativamente haría falta decir que, cuando una madre sonrío a su hijo pequeño, lo hace con afán de dominarlo. ¿Es el dominio el único modo de relación entre personas? Más aún, ¿es el principal? Frente a la *lógica del dominio* se nos presenta enseguida otra más poderosa: la *lógica del amor*. Frente a la posición de quien dice a otro: «Tienes que ser como digo yo», se alza el grito más hondamente personal: «¡Es bueno que existas... como eres!». Esa es la palabra que se dirige a la persona amada, al hijo enfermo, al padre anciano, cuando se le afirma tal como es... y se le quiere.

Reconocer que yo *no soy mi origen*, pues, no supone sin más aceptar mi finitud: esa es una conclusión que se queda en la superficie de las cosas. En realidad, significa abrirme a la infinitud de Dios; significa reconocer que «en cuanto yo existo, somos dos. Mi existencia es en su misma esencia, relación. Solo subsisto porque soy pronunciado por otro. Reconocer esa absoluta dependencia es simplemente ratificar lo que soy. Solo existo porque soy amado. Y existir será para mí amar a mi vez, responder a la gracia con la acción de gracias»[26]. La Revelación cristiana nos da a conocer a un Dios que se rige por esta lógica. Un Dios que crea por Amor, por una sobreabundancia de Amor. Más: un Dios que *es* Amor. Y precisamente en el encuentro con él descubrimos nuestro rostro personal: descubrimos quiénes somos.

El rostro de Dios

«No somos el producto casual y sin sentido de la evolución —apuntaba Benedicto XVI al ser elegido para la sede de Pedro—. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario»[27]. Esta realidad no es simplemente objeto de una *captación intelectual*. En otras palabras, no basta decir: «De acuerdo, ya lo entiendo». Es una *chispa* que enciende la vida entera: da una visión del cristianismo que supera en mucho la de un sistema intelectual y transforma la existencia desde su raíz.

RECONOCER QUE YO NO SOY MI ORIGEN SIGNIFICA ABRIRME A LA INFINITUD DE DIOS; RECONOCER QUE SOLO EXISTO PORQUE SOY AMADO

Desde esta nueva visión, la oración adquiere un lugar central en la existencia, tal como vemos en la vida de Jesús[28]. Lejos de algunas concepciones que desfiguran su sentido, la oración no consiste en un vaciamiento de sí, ni en un servil acatamiento de una voluntad ajena. Lo ilustra bien el Papa Francisco, al describir cómo reza: «siento como si estuviera en manos de otro, como si Dios me estuviese tomando la mano. Creo que hay que llegar a la alteridad trascendente del Señor, que es Señor de todo, pero que respeta siempre nuestra libertad»[29]. La oración es, entonces, en primer lugar, descubrir que estamos *con Dios*: Alguien vivo, real, que no soy yo mismo; Alguien en quien descubro realmente quién soy, en quien descubro mi verdadero rostro.

Al reconocernos creados por Dios, pues, no nos sentimos *negados*, sino precisamente *afirmados*. Alguien nos ha dicho: «¡Es bueno que existas!». Y ese Alguien, además, lo ha ratificado y lo ha definido para siempre al dar su vida por cada uno de nosotros. La alternativa ante Dios no es someterse o rebelarse, sino cerrarse al amor o, sencillamente, *dejarse amar* para responder *amando*. Nuestro Origen es el Amor, y para el Amor hemos sido elegidos y llamados por Dios. Por eso, cuando en el cielo «veamos el rostro de Dios, sabremos que siempre lo hemos conocido. Ha formado parte, ha hecho, sostenido y movido, momento a momento, desde dentro, todas nuestras experiencias terrenas de amor puro. Todo lo que era en ellas amor verdadero, aun en la tierra era mucho más Suyo que nuestro, y solo era nuestro por ser Suyo»[30]. *Lucas Buch - Carlos Aixelá*

Textos para rezar

* * *

Lecturas para profundizar

Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-11-2013, nn. 264-267: “El encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva”).

Francisco, Enc. *Lumen Fidei*, 29-6-2013, nn. 8-39.

Benedicto XVI, Audiencia, 16-1-2013.

Consejo Pontificio para la Cultura, Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso (2003), *Jesucristo, portador de agua viva. Una reflexión cristiana sobre la «Nueva Era»* (acerca del cristianismo, ante el auge del *New Age* y otras espiritualidades).

Congregación para la doctrina de la fe (1989) *Orationis Formas. Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana* (acerca de la relación personal con Dios, como aspecto esencial de la oración cristiana)

[1] «Tendré que ocultarme de tu rostro, vivir errante y vagabundo por la tierra» (*Gn* 4,14); «No podrás ver mi rostro, pues ningún ser humano puede verlo y seguir viviendo» (*Ex* 33,20); «El Señor haga brillar su rostro sobre ti y te conceda su gracia» (*Nm* 6,25); ¿Por qué me escondes tu rostro y me tratas como a tu enemigo? (*Jb* 13,24); «¿Cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?» (*Sal* 42,3); «No apartaré de vosotros mi rostro, porque soy misericordioso» (*Jr* 3,12); «Verán su rostro y llevarán su nombre grabado en la frente» (*Ap* 22,4).

[2] Benedicto XVI, Homilía, 21-VIII-2005.

[3] *Ibidem*.

[4] J.-H. Newman, *Lectures on the Prophetic Office of the Church*, Londres 1838, p. 429.

[5] Francisco, Enc. *Lumen Fidei*, 29-VI-2013, n. 2.

[6] *Es Cristo que pasa*, n. 174.

[7] Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 3.

[8] Francisco, Audiencia general, 11-X-2017.

[9] Francisco, *Lumen Fidei*, n. 13.

[10] *Ibidem*.

[11] Cfr. por ejemplo *Ba* 6,45-51; *Jr* 2,28; *Is* 2,8; 37,19.

[12] Francisco, *Lumen Fidei*, n. 13.

[13] *Ibidem*.

[14] *Amigos de Dios*, n. 260

Textos para rezar

[15] Benedicto XVI, *Lectio divina*, 12-II-2010.

[16] *Ibidem*.

[17] Cfr. U. Borghello. *Liberare l'amore*, Milano, Ares 2009, p. 34.

[18] R. Guardini, *El Señor*, IV.6, "Revelación y misterio".

[19] P. Salinas, *La voz a ti debida* en *Poesías Completas*, Barral 1971, p. 223.

[20] Con la imagen de las "alas" se refiere san Juan Pablo II a la fe y la razón, al inicio de su encíclica *Fides et Ratio* (14-IX-1998).

[21] J. Daniélou, *Dios y nosotros*, Cristiandad, Madrid 2003, p. 95 (el subrayado es nuestro).

[22] Cfr. San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 41, nn. 13-14.

[23] San Agustín, *Confesiones* III.6.11.

[24] R. Guardini, *La aceptación de sí mismo – Las edades de la vida*, Guadarrama, Madrid 1962, p. 29.

[25] Esta es la definición que da del amor J. Pieper en su conocida obra *Las Virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2012, pp. 435-444.

[26] J. Daniélou, *Dios y nosotros*, p. 108.

[27] Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de inicio del pontificado*, 24-IV-2005.

[28] Cfr. Benedicto XVI, Audiencia, 30-XI-2011.

[29] S. Rubin, F. Ambrogetti, *El Papa Francisco*, 54.

[30] C. S. Lewis, *Los cuatro amores*, Rialp, Madrid 1991, p. 153.

Textos para rezar

Elogio de la caridad

Se recogen algunos párrafos de un sermón de san Agustín sobre las excelencias de la virtud de la caridad, según la doctrina del apóstol san Pablo.

PADRES DE LA IGLESIA 1 de febrero de 2018

San Agustín, *Sermo 350*, 2-3.

El amor por el que amamos a Dios y al prójimo, resume en sí toda la grandeza y profundidad de los demás preceptos divinos. He aquí lo que nos enseña el único Maestro celestial: “amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los profetas”[1]. Por consiguiente, si te falta tiempo para estudiar página por página todas las de la Escritura, o para quitar todos los velos que cubren sus palabras y penetrar en todos los secretos de las Escrituras, practica la caridad, que lo comprende todo. Así poseerás lo que has aprendido y lo que no has alcanzado a descifrar. En efecto, si tienes la caridad, sabes ya un principio que en sí contiene aquello que quizá no entiendes. En los pasajes de la Escritura abiertos a tu inteligencia la caridad se manifiesta, y en los ocultos la caridad se esconde. Si pones en práctica esta virtud en tus costumbres, posees todos los divinos oráculos, los entiendas o no.

PERSEGUID LA CARIDAD (...); SIN ELLA, EL MÁS RICO ES POBRE, Y CON ELLA EL POBRE ES RICO

Por tanto, hermanos, seguid la caridad, dulce y saludable vínculo de los corazones; sin ella, el más rico es pobre, y con ella el pobre es rico. La caridad es la que nos da paciencia en las aflicciones, moderación en la prosperidad, valor en las adversidades, alegría en las obras buenas; ella nos ofrece un asilo seguro en las tentaciones, da generosamente hospitalidad a los desvalidos, alegra el corazón cuando encuentra verdaderos hermanos y presta paciencia para sufrir a los traidores.

Ofreció la caridad agradables sacrificios en la persona de Abel; dio a Noé un refugio seguro durante el diluvio; fue la fiel compañera de Abraham en todos sus viajes; inspiró a Moisés suave dulzura en medio de las injurias y gran mansedumbre a David en sus tribulaciones. Amortiguó las llamas devoradoras de los tres jóvenes hebreos en el horno y dio valor a los Macabeos en las torturas del fuego.

La caridad fue casta en el matrimonio de Susana, casta con Ana en su viudez y casta con María en su virginidad. Fue causa de santa libertad en Pablo para corregir y de humildad en Pedro para obedecer; humana en los cristianos para arrepentirse de sus culpas, divina en Cristo para perdonárselas. Pero ¿qué elogio puedo hacer yo de la caridad, después de haberlo hecho el mismo Señor, enseñándonos por boca de su Apóstol que es la más excelente de todas las virtudes? Mostrándonos un camino de sublime perfección, dice: “aunque yo hablara las lenguas de los hombres y los de ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Y aunque tuviera el don de profecía y supiera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque tuviera tal fe ~e trasladara los montes, si no tengo caridad, nada soy. Y aunque distribuyera todos mis bienes entre los pobres, y aunque entregara mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad, de nada me aprovecha”.

“La caridad es paciente; es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensorberce, no es ambiciosa, no busca su interés, no se irrita, no piensa mal, no se goza con el mal, se alegra con la verdad. Todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, lo soporta todo. La caridad nunca fenece”[2].

¡Cuántos tesoros encierra la caridad! Es el alma de la Escritura, la virtud de las profecías, la salvación de los misterios, el fundamento de la ciencia, el fruto de la fe, la riqueza de los pobres, la vida de los moribundos. ¿Se puede imaginar mayor magnanimidad que la de morir por los impíos, o mayor generosidad que la de amar a los enemigos?

Textos para rezar

La caridad es la única que no se entristece por la felicidad ajena, porque no es envidiosa. Es la única que no se ensoberbece en la prosperidad, porque no es vanidosa. Es la única que no sufre el remordimiento de la mala conciencia, porque no obra irreflexivamente. La caridad permanece tranquila en los insultos; en medio del odio hace el bien; en la cólera tiene calma; en los artificios de los enemigos es inocente y sencilla; gime en las injusticias y se expansiona con la verdad.

Imagina, si puedes, una cosa con más fortaleza que la caridad, no para vengar injurias, sino más bien para restañarlas. Imagina una cosa más fiel, no por vanidad, sino por motivos sobrenaturales, que miran a la vida eterna. Porque todo lo que sufre en la vida presente es porque cree con firmeza en lo que está revelado de la vida futura: si tolera los males, es porque espera los bienes que Dios promete en el cielo; por eso la caridad no se acaba nunca.

Busca, pues, la caridad, y meditando santamente en ella, procura producir frutos de santidad. Y todo cuanto encuentres de más excelente en ella y que yo no haya notado, que se manifieste en tus costumbres.

[1] *Matth.* XXII, 37-40.

[2] *I Co.* XIII, 1-8.

Textos para rezar

«Dale gracias por todo, porque todo es bueno»

Agradecer, ante lo bueno y ante lo malo, es saberse siempre querido por Dios: gracias por estar aquí a mi lado; gracias porque esto te importa.

VIDA ESPIRITUAL¹ de abril de 2018

Acertar con la propia vida: dar con lo esencial, apreciar lo que vale, ver venir lo malo, dejar pasar lo irrelevante. «Si la riqueza es un bien deseable en la vida, ¿hay mayor riqueza que la sabiduría, que lo realiza todo?» (Sb 8,5). La sabiduría no tiene precio: todos la querrían para sí. Es un saber que no tiene que ver con las letras, sino con el *sabor*, con la capacidad de percibir cómo sabe el bien. Lo expresa de modo certero el término *sapientia*, traducción del griego *sophia* en los libros sapienciales. En su significado originario, *sapientia* denota buen gusto, buen olfato. El sabio tiene un paladar para saborear lo bueno. *Da nobis recta sapere*, le pedimos a Dios, con una antigua oración^[1]: haz que *saboreemos* lo bueno.

«CUANDO PASEN TREINTA AÑOS, ECHARÉIS LA MIRADA ATRÁS Y OS PASMARÉIS. Y NO TENDRÉIS MÁS QUE ACABAR LA VIDA AGRADECIENDO, AGRADECIENDO...» (SAN JOSEMARÍA)

La Escritura presenta esta sabiduría como un conocimiento natural, que brota con facilidad: «la ven con facilidad los que la aman y quienes la buscan la encuentran. Se adelanta en manifestarse a los que la desean. Quien madruga por ella no se cansa, pues la encuentra sentada a su puerta» (Sb 6,12-14). Sin embargo, para adquirir esta connaturalidad es necesario buscarla, desearla, madrugar por ella. Con paciencia, con la insistencia del salmo: «Oh, Dios, Tú eres mi Dios, al alba te busco, / mi alma tiene sed de Ti; / por Ti mi carne desfallece, / en tierra desierta y seca, sin agua» (Sal 63,2). Y esta búsqueda es la tarea de una vida. Por eso, la sabiduría va llegando también con los años. La sabiduría, lo ha dicho el Papa tantas veces, haciéndose eco del Sirácide (cfr. Si 8,9), es lo más propio de los ancianos: ellos son «la reserva de sabiduría de nuestro pueblo»^[2]. Es cierto que la edad también puede traer consigo inconvenientes como el arraigo de algunos defectos del carácter, cierta resistencia a aceptar las propias limitaciones, o dificultades para comprender a los jóvenes. Pero, por encima de todo eso, suele brillar la capacidad de apreciar, de *saborear*, lo verdaderamente importante. Y eso es, a fin de cuentas, la verdadera sabiduría.

A este saber se refería san Josemaría en una ocasión, hablando a un grupo de fieles de la Obra: «Cuando pasen treinta años, echaréis la mirada atrás y os pasmaréis. Y no tendréis más que acabar la vida agradeciendo, agradeciendo...»^[3] A la vuelta de los años quedan, sobre todo, motivos de agradecimiento. Se desdibujan los contornos afilados de problemas y dificultades que quizá en su momento nos agitaron fuertemente, y se pasa a verlos con otros ojos, incluso con cierto humor. Se adquiere la perspectiva para ver cómo Dios le ha ido llevando a uno, cómo ha ido dando la vuelta a sus errores, cómo se ha servido de sus esfuerzos... Quienes convivían con el beato Álvaro recuerdan la frecuencia y la sencillez con que decía: «gracias a Dios». Esa convicción de que uno no tiene más que agradecer recoge, pues, un elemento esencial de la verdadera sabiduría. La que Dios va haciendo crecer en el alma de quienes le buscan, y que pueden decir, incluso antes de llegar a la vejez: «Tengo más discernimiento que los ancianos, porque guardo tus mandatos» (Sal 119,100).

Todo es bueno

Desde las estrecheces y angustias de su escondrijo en la Legación de Honduras, san Josemaría escribía en 1937 a los fieles de la Obra que estaban desperdigados por Madrid: «Mucho ánimo, ¿eh? Procurad que todos estén contentos: todo es para bien: todo es bueno»^[4]. La misma tónica tiene otra carta, escrita al cabo de un mes, a los que estaban en Valencia: «Que os animéis. Que os alegréis, si, naturalmente, os habéis entristecido. Todo es para bien»^[5].

Textos para rezar

«LAS MISERICORDIAS DE DIOS NOS ACOMPAÑAN DÍA A DÍA. BASTA TENER EL CORAZÓN VIGILANTE PARA PODERLAS PERCIBIR» (BENEDICTO XVI)

Todo es bueno, todo es para bien. En estas palabras se transparentan dos textos de la Escritura. De un lado, el *crescendo* de alegría de Dios durante la creación, que desemboca en la conclusión de que «todo lo que había hecho (...) era muy bueno» (*Gn* 1,31). Del otro, aquella máxima de san Pablo —«todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios» (*Rm* 8,28)— que san Josemaría condensaba en una exclamación: «omnia in bonum!» Años antes, en la Navidad de 1931, esas dos fibras de la Escritura se entretejían en una anotación que daría lugar más tarde a un punto de *Camino*. Todo es bueno, todo es para bien. El reconocimiento por las cosas buenas y la esperanza de que Dios sabrá sacar un bien de lo que parece malo:

Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. —Porque te da esto y lo otro. —Porque te han despreciado. —Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes.

Porque hizo tan hermosa a su Madre, que es también Madre tuya. —Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta. —Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso...

Dale gracias por todo, porque todo es bueno[6].

Como se puede observar a simple vista, la secuencia de los motivos de agradecimiento no sigue un orden particular: si todo es bueno, lo es la primera cosa que se nos presenta, y la siguiente, y la otra... todas son motivos de agradecimiento. «Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta». Mira adonde quieras, parece decirnos san Josemaría: no encontrarás más que motivos de agradecimiento. Se refleja en estas líneas, en fin, una admiración que se desborda ante la bondad de Dios; un asombro que recuerda el cántico de las criaturas de san Francisco, en el que también todo es motivo de agradecimiento: «Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas (...). Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento y por el aire, y la nube y el cielo sereno, y todo tiempo, por todos ellos a tus criaturas das sustento (...). Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor»[7].

«Porque te da esto y lo otro». Cuántas cosas nos da Dios, y qué fácilmente nos acostumbramos a ellas. La salud, a la que se ha llamado «el silencio de los órganos», es quizá un ejemplo paradigmático: suele suceder que la damos por descontado hasta que el cuerpo empieza a hacerse notar; y quizá solo entonces valoramos, por su ausencia, lo que teníamos. El agradecimiento consiste aquí, en parte, en *adelantarse*; en afinar el oído para percibir el silencio, la discreción con la que Dios nos da tantas cosas. «Las misericordias de Dios nos acompañan día a día. Basta tener el corazón vigilante para poderlas percibir. Somos muy propensos a notar solo la fatiga diaria (...). Pero si abrimos nuestro corazón, entonces, aunque estemos sumergidos en ella, podemos constatar continuamente qué bueno es Dios con nosotros; cómo piensa en nosotros precisamente en las pequeñas cosas, ayudándonos así a alcanzar las grandes»[8].

AGRADECER A DIOS ES DISFRUTAR CON ÉL DE LAS COSAS BUENAS QUE NOS DA, PORQUE EN COMPAÑÍA DE LAS PERSONAS QUERIDAS SIEMPRE SE DISFRUTA MÁS

Sería empequeñecer este agradecimiento pensar que se trata simplemente de la respuesta a una deuda de gratitud. Es mucho más: precisamente porque consiste en *saborear lo bueno*, agradecer a Dios es *disfrutar con Él* de las cosas buenas que nos da, porque en compañía de las personas queridas siempre se disfruta más. Hasta lo más prosaico puede ser entonces motivo para pasarlo bien; para no tomarse demasiado en serio; para descubrir la alegría de vivir «en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana, como respuesta a la afectuosa invitación de nuestro Padre Dios: «Hijo, en la medida de tus posibilidades trátate bien (...) No te prives de pasar un buen día» (*Si* 14,11.14). ¡Cuánta ternura paterna se intuye detrás de estas palabras!»[9]

Todo es para bien

Acordarse de agradecer las cosas buenas que Dios nos da es ya en sí mismo un reto. ¿Qué decir de las cosas menos agradables? «Porque te han despreciado»: porque te han tratado con frialdad, con indiferencia; porque te han humillado; porque no han valorado tus esfuerzos... «Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes». Es cuando menos sorprendente la tranquilidad con la que *tener y no*

Textos para rezar

tener aparecen aquí bajo el mismo signo. ¿Realmente es posible agradecer a Dios la falta de salud, trabajo, tranquilidad? Dar gracias porque te falta tiempo —cuántas veces eso nos hace sufrir—; porque te faltan los ánimos, las fuerzas, las ideas; porque esto o aquello te ha salido mal... Pues sí: también entonces, nos dice san Josemaría, dale gracias a Dios.

Esta actitud nos devuelve a las contradicciones que san Josemaría atravesaba cuando escribía esas cartas desde la legación de Honduras, y al contexto de sufrimiento del que surgió la anotación que está en el origen de este punto de *Camino*[10]. La invitación a *agradecer lo malo*, que aparece de un modo más explícito páginas adelante, tiene su origen en una anotación de cinco días antes: «Paradojas de un alma pequeña. —Cuando Jesús te envíe sucesos que el mundo llama buenos, llora en tu corazón, considerando la bondad de Él y la malicia tuya: cuando Jesús te envíe sucesos que la gente califica de malos, alégrate en tu corazón, porque Él te da siempre lo que conviene y entonces es la hermosa hora de querer la Cruz»[11].

A pesar de su cercanía en el tiempo, esta consideración se sitúa en el marco de otro capítulo de *Camino*, uno de los dos que versan sobre la infancia espiritual. Sale así a la luz una clave desde la que se puede comprender el clima espiritual de esa disposición a dar gracias a Dios «por todo, porque todo es bueno». Si el agradecimiento es un signo de la sabiduría que acompaña a la edad y a la cercanía con Dios, solo surge donde hay una actitud de «abandono esperanzado»[12] en las manos de Dios; una actitud que san Josemaría descubrió por la vía de la infancia espiritual: «¿Has presenciado el agradecimiento de los niños? —Imítalos diciendo, como ellos, a Jesús, ante lo favorable y ante lo adverso: «¡Qué bueno eres! ¡Qué bueno!...»[13]

Agradecer lo malo no es, desde luego, algo que surja espontáneamente. De hecho, al principio puede parecer incluso algo teatral o incluso ingenuo: como si negáramos la realidad, como si buscáramos consolación en... un cuento para niños. Sin embargo, agradecer en esas situaciones no es dejar de ver, sino *ver más allá*. Nos resistimos a agradecer porque percibimos la pérdida, la contrariedad, el desgarró. Nuestra mirada está todavía muy pegada a la tierra, como sucede al niño a quien le parece que se hunde el mundo porque se le ha roto un juguete, porque se ha tropezado, o porque querría seguir jugando. En el momento es un pequeño drama, pero al rato seguramente se le pasa. «En la vida interior, nos conviene a todos ser (...) como esos pequeñines, que parecen de goma, que disfrutan hasta con sus trastazos porque enseguida se ponen de pie y continúan sus correteos; y porque tampoco les falta —cuando resulta preciso— el consuelo de sus padres»[14].

AGRADECER LO MALO NO ES DEJAR DE VER, SINO VER MÁS ALLÁ

El agradecimiento del que nos habla san Josemaría no es una especie de manto que cubre lo desagradable, como por arte de magia, sino un gesto por el que levantamos la mirada a nuestro Padre Dios, que nos sonrío. Se abre paso así a la confianza, un abandono que pone en un segundo plano la contrariedad, aunque nos siga pesando. Agradecer cuando algo nos duele significa *aceptar*: «La mejor manera de expresar gratitud a Dios y a las personas es aceptarlo todo con alegría»[15]. Seguramente lo primero que sale no es un grito de alegría; quizá todo lo contrario. Aun así, aunque el alma se rebele, agradecer: «Señor, no es posible... no puede ser... pero gracias»; aceptar: «yo querría tener más tiempo, más fuerzas... yo querría que esta persona me tratara mejor... yo querría no tener esta dificultad, este defecto. Pero Tú sabes más». Pediremos a Dios que arregle las cosas como nos parece que deberían ser, pero desde la serenidad de que Él sabe lo que hace, y de que saca bienes de donde quizá solo vemos males.

Agradecer lo malo, siempre con palabras de la misma temporada del «gracias por todo», supone «creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños»[16]. Más allá de la forma particular que tome ese abandono en la vida interior de cada uno, esta actitud delinea la convicción de que ante Dios somos muy pequeños, y que así son nuestras cosas. Y, a pesar de eso, a Dios le importan, y más que a nadie en el mundo. De ahí surge en realidad el agradecimiento de *saberse querido*: gracias por estar aquí a mi lado; gracias porque esto te importa. En medio de la aparente lejanía de Dios, percibimos entonces su cercanía: le contemplamos en medio de la vida ordinaria, porque los problemas forman parte de la vida ordinaria. Bajo las cuerdas de la adversidad, surge así el motivo más profundo por el que agradecemos lo bueno y lo malo: gracias, porque encuentro el Amor por todas partes. El verdadero motivo de acción de gracias, la raíz misma de la acción de gracias, es que Dios me quiere, y que todo en mi vida son ocasiones de amar y de saberme amado.

Textos para rezar

En el sufrimiento por lo que nos falta, por la frialdad, las carencias, las consecuencias de nuestros errores... se esconden, pues, oportunidades para recordar, para despertarnos al Amor de Dios. Caemos en la cuenta de que, aunque nos cueste renunciar a algo, aunque nos cueste aceptar el dolor o la limitación, ¿qué es lo que nos quita eso, después de todo, si tenemos el Amor de Dios? «¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?» (Rm 8,35).

«LA MEJOR MANERA DE EXPRESAR GRATITUD A DIOS Y A LAS PERSONAS ES ACEPTARLO TODO CON ALEGRÍA» (SANTA TERESA DE CALCUTA)

Resulta posible, así, dar «gracias por todo, porque todo es bueno». La locura cristiana de agradecerlo todo tiene su origen en la filiación divina. Quien se ha dado cuenta de que tiene un Padre que le quiere no necesita, en realidad, nada más. A un Padre bueno, sobre todo, se le agradece. Así es el amor de Jesús por su Padre: Jesús es todo Él agradecimiento, porque lo ha recibido todo de su Padre. Y ser cristiano es entrar en ese amor, en ese agradecimiento: Te doy gracias, Padre, porque siempre me escuchas (cfr. Jn 11,41-42).

No te olvides de agradecer

«Bendice, alma mía, al Señor, no olvides ninguno de sus beneficios» (Sal103,2). En la Escritura, Dios nos invita con frecuencia a recordar, porque sabe que vivimos habitualmente en el olvido, como los niños que andan con sus juegos y no se acuerdan de su padre. Dios lo sabe, y lo comprende. Pero nos atrae suavemente a sus brazos, y nos susurra de mil modos: *recuerda*. Agradecer es también, pues, una cuestión de memoria. Por eso el Papa habla con frecuencia de «memoria agradecida»[17].

La disposición a agradecer lo que nos contraría, asombrosa como pueda ser, facilita de hecho acordarse de dar gracias a Dios ante las cosas agradables. Por lo demás, la vida de cada día nos brinda muchas ocasiones para *hacer memoria*: detenerse un instante a bendecir la mesa, a agradecer que Dios nos da algo que llevarnos a la boca; dedicar un tiempo de la acción de gracias de la Misa o de nuestra oración personal a darle gracias por las cosas ordinarias de la vida, para descubrir lo que tienen de extraordinario: un trabajo, un techo, personas que nos quieren; agradecer las alegrías de los demás; ver un don de Dios, y otro, y otro, en las personas que nos prestan un servicio... También hay momentos en que la vida nos sale al encuentro con una chispa de belleza: la luz de un atardecer, una atención inesperada hacia nosotros, una sorpresa agradable... Son ocasiones para ver, entre las fibras a veces un poco grises de la vida diaria, el color del Amor de Dios.

Desde muy antiguo, las culturas del mundo han visto en el avance del día hacia la noche una imagen de la vida. La vida es como un día, y un día es como la vida. Por eso, si el agradecimiento es propio de la sabiduría de quien ha vivido mucho, qué bueno es acabar el día agradeciendo. Al detenerse en la presencia de Dios a sopesar la jornada, Dios *agradecerá* que le agradezcamos tantas cosas, «etiam ignotis»[18]: también las que desconocemos; e incluso que le pidamos perdón, con confianza de hijos, por no haber agradecido suficiente.

Carlos Ayxelà

[1] Oración «*Veni Sancte Spiritus*», recogida en *Misal Romano*, Misa votiva del Espíritu Santo (A), oración colecta.

[2] Francisco, Audiencia, 4-III-2015.

[3] San Josemaría, notas de una reunión familiar, 21-I-1955, citado en *Crónica*, VII-55, p. 28 (AGP, biblioteca, P01).

[4] San Josemaría, Carta, 17-V-1937, citada en *Camino*, ed. crítico-histórica, comentario al n. 268.

Textos para rezar

- [5] San Josemaría, Carta, 15-VI-1937; citada en *Ibid.*
- [6] San Josemaría, *Camino*, n. 268. La anotación original corresponde al 28 de diciembre de 1931.
- [7] San Francisco de Asís, *Cántico de las criaturas*, en *Fonti Francescane*, n. 263.
- [8] Benedicto XVI, Homilía, 15-IV-2007.
- [9] Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 4.
- [10] Cf. *Camino*, edición crítico-histórica, comentario a los nn. 267 y 268.
- [11] *Camino*, n. 873. La anotación original es del 23 de diciembre de 1931.
- [12] F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.
- [13] *Camino*, n. 894. El texto parte también de una anotación del 23 de diciembre de 1931.
- [14] San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 146.
- [15] Santa Teresa de Calcuta, *El amor más grande*, Urano, Barcelona 1997, p. 51.
- [16] Santo Rosario, *Al lector*. Este texto pertenece al manuscrito original que san Josemaría redactó «de un tirón» durante la novena a la Inmaculada de 1931; cfr. edición crítico-histórica, facsímiles y fotografías, n. 4.
- [17] Cfr. p. ej. Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 13; Homilía, 18-VI-2017; Homilía, 12-XII-2017.
- [18] San Josemaría, “En las manos de Dios” (2-X-1971), *En diálogo con el Señor*, edición crítico-histórica, Rialp, 2017, p. 307.

Notas

Notas

Notas

Notas

<p>Al Estar En La Presencia</p> <p>Al estar en la presencia de tu divinidad, Y al contemplar la hermosura de tu santidad, Mi espíritu se alegra en tu majestad Te adoro a Ti, te adoro a Ti. Cuando veo la grandeza de tu dulce amor Y compruebo la pureza de tu corazón Mi espíritu se alegra en tu majestad Te adoro a Ti, te adoro a Ti Y al estar aquí, delante de Ti, te adoraré, Postrado ante Ti, mi corazón te adora oh Dios, Y siempre quiero estar, para adorar, Y contemplar tu santidad, Te adoro a Ti Señor, te adoro a Ti</p>	<p>Despojado (Estación X)</p> <p>Déjame Señor poder estar Abrazado al madero de tu Cruz . No hay prueba de amor que pueda superar Lo que por mí hiciste Tú. Déjame Señor poder sentir; hace tiempo que no consigo llorar. Mis pecados despojaron tu vestir Dejando a trozos tu dignidad. Y ahora quiero subir hasta la Cruz que Tú me das. Gastar mi vida para ti: Yo tengo sed de eternidad . Y ahora quiero gritar hasta perder la razón. Mi alma entera despojar Y como tú morir de amor. Déjame Señor poder cubrir El desnudo de tu cuerpo en soledad. No tengo más manto para darte aquí Que un corazón en libertad. Déjame Señor poderte dar Mi presente, mi futuro y mi ayer: Es mi vida entera que quiero ofrendar A ti mi Dios, mi único Rey. Y ahora quiero subir hasta la Cruz que Tú me das. Gastar mi vida para ti: Yo tengo sed de eternidad . Y ahora quiero gritar hasta perder la razón. Mi alma entera despojar Y como tú morir de amor.</p>	<p>Mi peso en tus hombros (Estación II)</p> <p>¡Pero qué hace ahí tirado, de jando que le aten un madero a las espaldas! Si es Dios... ¿Qué hace ahí? ¿Por qué está ahí? Él quiso morir atado a nuestro peso en sus espaldas. Y Tú te ataste a mí, te ataste a mí. Hoy quiero decirte, Señor, Que te doy las gracias, Que recuerdo mi peso en tus hombros, Pues lo único que te ata al leño es tu amor. No puedes dejar de atarte, ni de tomarte tan en serio mi pecado: ¡sólo quieres verme liberada! No es un "amor de quita y pon"; Me quieres como un ciego apasionado. Señor, contágame de tu pasión. Hoy quiero decirte, Señor, que te doy las gracias, Que recuerdo mi peso en tus hombros, Pues lo único que te ata al leño es tu amor. Unos tontos te atamos a un madero, otros ignorándote; Arrastrados por el placer, por la muerte nos dejamos vencer. ¡Y tan fuerte es tu amor, que no te puedes desatar! ¡Y aún conociéndome, no me puedes dejar de amar! Hoy quiero decirte, Señor, Que te doy las gracias, Que recuerdo mi peso en tus hombros, Pues lo único que tengo es tu amor.</p>	<p>No sé qué viste en mí (Estación I)</p> <p>Ahí estás Tú, esperando la sentencia en silencio. Se alza un grito entre la gente, Que prefiere a un criminal antes que a ti. Y allí estás Tú, tan llagado que cuesta reconocerte, Entre burlas e insultos, sin amor sin amigos, Hemos huido todos de la cruz. Pues yo también he sido uno de ellos, He preferido cualquier cosa antes que a ti, te he dado la espalda un sinfín de veces, No he dejado que te muevas en mí, Y aun así dices que me amas, no sé qué viste en mí. ¿Qué viste en mí? Sabes que yo no merezco tanto, Pero yo necesito, tu amor infinito . Por favor, no me dejes sin ti. Ayúdame a que valga la pena, He he dado cuenta que no puedo estar sin ti . Que valga la pena: que viva tu condena, junto a María de rodillas ante ti. Perdóname, ahora aquí me tienes, derramado a tus pies. Sé que cometí el error de anteponer a tus caminos la razón. Sé que volveré a caer, más de mil veces fallaré a tu perdón, Y aun así dices que me amas, no sé que viste en mí.</p>
---	---	---	--

<p>Cirineo (Estación V)</p> <p>¿Quién ayuda a quién? ¿Quién me abrió los ojos a la eternidad? ¿Quién lavó con sangre mi fragilidad? ¿Quién me ama hasta la muerte de verdad? ¿Quién abraza a quién? Qué ligero el peso si lo llevas Tú. ¿Cuánto suman dos miradas y una Cruz? Quiero ser un Cirineo de Jesús, Quiero ser tu Cirineo, mi Jesús. Dame tu vida, Señor, Dame tus brazos, tu voz. Sobre la Cruz, mi corazón Se hace grande en tu dolor, Por amor, por amor... ¿Quién espera a quién? ¿Quién me llama por mi nombre como Tú? ¿Quién amó su noche para darme luz? Quiero ser un Cirineo de Jesús, quiero ser tu Cirineo, mi Jesús. Toma mi vida, Señor, toma mis brazos, mi voz. Sobre la Cruz, mi corazón Se hace grande en tu dolor, Por amor, por amor... Toma mi vida, Señor, Toma mis brazos, mi voz. Sobre la Cruz, mi corazón Se hace grande en tu dolor, Por amor, por amor... y tengo prisa en amarte: ¡qué bien se está contigo! x2</p>	<p>Jerusalem (Estación VIII)</p> <p>Busqué sentido en cada piedra, Con lógica quise entender Por qué tu celestial Alteza Se rompió en Jerusalem. Eres piedra donde tropieza Mi sentido y mi razón. Martirio de un corazón, Que mira al cielo y reza. Ojalá algún día pudiera Entender tu decisión, De abrazarte a esa madera Y hacerla trono de tu Amor. Quiero besarte las heridas y ser el bálsamo de tu dolor. Que por una vez tu caricia Me vuelva loca de amor. Estaba sola y llena de reproches, No había consuelo en mi corazón. Y al cruzar nuestras miradas, Sentí tu perdón. Mi dolor en tu flaqueza Encontró a su salvador. Y estas lágrimas deshechas Hoy se encuentran con su Dios. ¿Por qué abrazas tu dolor? ¿Por qué te dejaste llevar? ¿Por qué al morir en una cruz compraste mi libertad? ¿Por qué lo hiciste Jesús?</p>	<p>La medida del amor (Estación XI)</p> <p>¿Cuál es la medida del amor? ¿Cuánto alcanzan los latidos del dolor? "Padre mío, dales tu perdón. Aún no saben que esas manos son de Dios". Se conmueve el universo en cada golpe Y el silencio deja hablar al corazón. Un madero y unos clavos empapados De la sangre del más bello Redentor. Tu dolor me vuelve loco, Me da vida, y sin hablar me enseña todo Lo que puede un corazón, La medida sin medida del Amor. En la Cruz clavaron el amor, Y un abrazo se hizo eterno en mi dolor. Clávame contigo, mi Jesús, quiero darme y darlo todo como Tú. Se conmueve el universo en cada golpe Y el silencio deja hablar al corazón. Un madero y unos clavos empapados De la sangre del más bello Redentor. Tu dolor me vuelve loco, me da vida, y sin hablar me enseña todo Lo que puede un corazón, La medida sin medida del Amor. Tu dolor me vuelve loco, Me da vida, y sin hablar me enseña todo Lo que puede un corazón, La medida sin medida del Amor.</p>	<p>Donde estás tú (Estación XIV)</p> <p>Sin nada viniste al mundo, sin nada te vas, Ni tan solo donde reposar. En hora de soledad, de abandono total, Yo quiero dar la cara por ti. Quiero estar donde estás Tú, Desclavarte de la cruz . Con todo el amor que me das Tú, Envolverte con mi vida, Enterrarte dentro de mi corazón, De donde nadie te pueda sacar, Para que así puedas descansar. Ahora todo ya ha pasado, ya somos hijos de Dios, Se ha cumplido nuestra redención . Tú has muerto por mi, Jesús, mi esperanza está en la cruz, ¡quiero que en mi alma vivas Tú! Quiero estar donde estás Tú, Desclavarte de la cruz . Con todo el amor que me das Tú, Envolverte con mi vida, Enterrarte dentro de mi corazón, De donde nadie te pueda sacar, Para que así puedas descansar. Quiero ser como tu madre, que te cuidó hasta el final. Ser como Tú y dar la vida para acabar con el mal. ¡Resucita en mí! ¡Ven ya! Quiero estar donde estás Tú, Esconderte dentro de mi corazón, De donde nadie te pueda sacar, Para que así puedas descansar.</p>
--	---	---	---

<p>Al Estar En La Presencia</p> <p>Al estar en la presencia de tu divinidad, Y al contemplar la hermosura de tu santidad, Mi espíritu se alegra en tu majestad Te adoro a Ti, te adoro a Ti. Cuando veo la grandeza de tu dulce amor Y compruebo la pureza de tu corazón Mi espíritu se alegra en tu majestad Te adoro a Ti, te adoro a Ti Y al estar aquí, delante de Ti, te adoraré, Postrado ante Ti, mi corazón te adora oh Dios, Y siempre quiero estar, para adorar, Y contemplar tu santidad, Te adoro a Ti Señor, te adoro a Ti</p>	<p>Enciéndeme</p> <p>Hoy quiero Señor, ponerlo todo en tu presencia Darne hasta gastarme contigo y por Ti Hoy quiero Señor ponerlo todo ante tu puerta Para en todo amarte y servir Enciendeme y deja arder donde haga falta Enciendeme y dejame ser tu luz Y así poder llevarte hasta todas las almas Saciar la sed que tienes Tú, desde la cruz Hoy quisiera Madre poner todo en tu presencia Darne hasta gastarme, decirle que si Hoy te pido Madre, que dejes mi puerta abierta Para en todo amarle y servir Enciendeme y dejame arder donde haga falta Enciendeme y dejame ser tu luz Y así poder llevarte hasta todas las almas Saciar la sed que tienes Tu desde la cruz</p>	<p>Despojado (Estación X)</p> <p>Déjame Señor poder estar Abrazado al madero de tu Cruz . No hay prueba de amor que pueda superar Lo que por mí hiciste Tú. Déjame Señor poder sentir; hace tiempo que no consigo llorar. Mis pecados despojaron tu vestir Dejando a trozos tu dignidad. Y ahora quiero subir hasta la Cruz que Tú me das. Gastar mi vida para ti: Yo tengo sed de eternidad . Y ahora quiero gritar hasta perder la razón. Mi alma entera despojar Y como tú morir de amor. Déjame Señor poder cubrir El desnudo de tu cuerpo en soledad. No tengo más manto para darte aquí Que un corazón en libertad. Déjame Señor poderte dar Mi presente, mi futuro y mi ayer: Es mi vida entera que quiero ofrendar A ti mi Dios, mi único Rey. Y ahora quiero subir hasta la Cruz que Tú me das. Gastar mi vida para ti: Yo tengo sed de eternidad . Y ahora quiero gritar hasta perder la razón. Mi alma entera despojar Y como tú morir de amor.</p>	<p>Donde estás tú (Estación XIV)</p> <p>Sin nada viniste al mundo, sin nada te vas, Ni tan solo donde reposar. En hora de soledad, de abandono total, Yo quiero dar la cara por ti. Quiero estar donde estás Tú, Desclavarte de la cruz . Con todo el amor que me das Tú, Envolverte con mi vida, Enterrarte dentro de mi corazón, De donde nadie te pueda sacar, Para que así puedas descansar. Ahora todo ya ha pasado, ya somos hijos de Dios, Se ha cumplido nuestra redención . Tú has muerto por mi, Jesús, mi esperanza está en la cruz, ¡quiero que en mi alma vivas Tú! Quiero estar donde estás Tú, Desclavarte de la cruz . Con todo el amor que me das Tú, Envolverte con mi vida, Enterrarte dentro de mi corazón, De donde nadie te pueda sacar, Para que así puedas descansar. Quiero ser como tu madre, que te cuidó hasta el final. Ser como Tú y dar la vida para acabar con el mal. ¡Resucita en mí! ¡Ven ya! Quiero estar donde estás Tú, Esconderte dentro de mi corazón, De donde nadie te pueda sacar, Para que así puedas descansar.</p>
---	--	---	---

<p>Que Bien Se Está Cuando Se Está Bien</p> <p>Qué bien se está cuando se está bien, tú me lo has enseñado y tengo prisa en amarte: ¡qué bien se está contigo! Amando, adorándote, Señor, riendo, sirviendo con amor, consolado en mi interior. Arrodillado ante ti, ante el hermano, ante Cristo disfrazado del que sufre en soledad. Arrodillado ante los pobres de las Calcutas de mi ciudad, ante los pobres que visten a la moda, pobres de falsedad; arrodillado ante universitarios sedientos de amor. Qué bien se está cuando se está bien, tú me lo has enseñado y tengo prisa en amarte: ¡qué bien se está contigo! Quiero que me gustes más, Señor, que me atraigas tú. Que me seduzcas, que me enamores tú. Que resultes irresistible, que seas mi único tesoro, tú, el más bello de los hombres. Arrodillado ante los pobres de las Calcutas de mi ciudad, ante los pobres que visten a la moda, pobres de falsedad; arrodillado ante universitarios sedientos de amor. Qué bien se está cuando se está bien, tú me lo has enseñado y tengo prisa en amarte: ¡qué bien se está contigo! x2 No olvidaré tus cinco palabras: "a mi me lo hicisteis". Gracias, porque puedo confiar en ti, Señor. Mi Dios... Qué bien se está cuando se está bien, tú me lo has enseñado y tengo prisa en amarte: ¡qué bien se está contigo! x2</p>	<p>Nombre Sobre Todo Nombre</p> <p>La verdad en la que vivimos Cristo a pesar de su condición divina Por amor se desprendió de su rango Pasando por uno de tantos Y tomó condición de esclavo. Y así, actuando como un hombre cualquiera Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte Y una muerte en la cruz. Por eso Dios lo levantó Sobre le mundo entero Por eso Dios le concedió El Nombre sobre todo Nombre. Por eso Dios lo levantó Sobre le Universo Por eso Dios le concedió El Nombre sobre todo Nombre. Al Nombre de Jesús toda lengua proclame Cristo es el Señor para gloria del Padre Toda rodilla se doble en el Cielo En el Cielo, Tierra y Abismo Que se grite su nombre. Y así, actuando como un hombre cualquiera Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte Y una muerte en la cruz. Por eso Dios lo levantó Sobre le mundo entero Por eso Dios le concedió El Nombre sobre todo Nombre. Por eso Dios lo levantó Sobre le Universo Por eso Dios le concedió El Nombre sobre todo Nombre. Nombre sobre todo Nombre y Salvador Nombre sobre todo Nombre mi Redentor Nombre sobre todo Nombre sobre todo te levantó.</p>	<p>Tu rostro</p> <p>Tu conoces cada uno de mis gestos Las palabras que quisiera pronunciar Tu me estechas en tus brazos si tropiezo Y me pierdo en medio de la oscuridad No te olvidas de ninguno de mis sueños Y a tu lado se hacen todos realidad Buscaré tu rostro señor Todos los deseos se hacen uno entre los dos Buscare tu rostro señor No hay amor más grande que el amor Tu le das una respuesta a mis preguntas Y me llenas el camino de tu paz No hay barrera que no sabe con tu ayuda No hay un cielo que no pueda conquistar Que poco es una vida para darla Que corta es junto a ti la eternidad Buscaré tu rostro señor Todos los deseos se hacen uno entre los dos Buscaré tu rostro señor No hay amor más grande que el amor Buscaré tu rostro señor Todos los deseos se hacen uno entre los dos Buscaré tu rostro señor No hay amor más grande que el amor Buscaré tu rostro señor Todos los deseos se hacen uno entre los dos Buscaré tu rostro señor No hay amor más grande que el amor Buscaré tu rostro señor Todos los deseos se hacen uno entre los dos Buscaré tu rostro señor No hay amor más grande que el amor</p>	<p>Bendita Sea Tu Pureza</p> <p>Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea Pues todo un Dios se recrea en tan grandiosa belleza. A ti celestial princesa, Virgen sagrada María, te ofrezco en este día, alma, vida y corazón. Mírame con compasión, no me dejes Madre mía. Mírame con compasión, no me dejes madre mía. Bendita sea tu pureza, bendita sea tu pureza. No me dejes ¡oh, no, no, no! No me dejes... no, no, no... Madre mía.</p>
---	---	---	--

--	--	--	--